457

NUEL LINARES RIVAS
Y
LIO MENDEZ de la TORRE

A MARTILLAZOS

NSA MODERNA

22

50 CENTIMOS

EL TEATRO
MODERNO
AÑO III 12 noviembre 1927 NÚM. 114

Manuel Linares Rivas
(De la Real Academia Española)
E. Méndez de la Torre

A MARTILLAZOS

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Lara, de Madrid,
el 11 de febrero de 1927

PRENSA MODERNA
MADRID

LA NOVELA PASIONAL

APARECE LOS SABADOS
Novelas cortas de los mejores escritores galantes 50 CTS.

EL TEATRO

APARECE LOS SABADOS
Los más grandes éxitos de los mejores autores. 50 CTS.

FRU-FRU

APARECE LOS JUEVES
Novelitas eróticas de los más prestigiosos escritores. 30 CTS.

COLECCION IMPERIO

NOVELAS DE AMOR
Sugestivos [illegible]
[illegible] 3 PTAS.

PRENSA MODERNA
APARTADO 8.012
MADRID

CONCHA CATALÁ

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Carlota Salobreña, 30 años	*Hortensia Gelabert.*
Doña Cabeza de Puente y Ruiz, 50.	*Leocadia Alba.*
Jarina, 25	*Concha Catalá.*
Lucía, 30	*María de las Rivas.*
Mercedes, 25.	*Raquel Martínez.*
Teresa, 30.	*Carmen Cuevas.*
Antonino Vélez, 40...	*Emilio Thuillier.*
Don Félix Puente y Ruiz, 55	*José Isbert.*
José Luis, 30	*Salvador Soler Mary.*
Palomares, 50	*Gonzalo de Córdoba.*
Salazar, 30	*José Balaguer.*

Epoca actual. Derecha e izquierda, las del actor. La acción en un pueblo andaluz de la costa. Los personajes del campo hablan con acento andaluz. Los demás—Carlota, Cabeza, Lucía, Teresa, Félix, Antonino y José Luis—en castellano.

En la misma fecha que en Madrid, esta comedia, se estrenó en Córdoba por la Compañía Cañete-Reig.

ACTO PRIMERO

Decoración: Una especie de patio, alegre y limpio. Al foro empieza la fábrica, y en una pared el retablo de la Virgen del Milagro. A lateral derecha un edificio con puerta y letrero: LABORATORIO. A lateral izquierda se suponen las oficinas. Un foco eléctrico.

ESCENA I

Palomares; luego, por foro, *Teresa.*

PALO. *(Leyendo en un librito.)* Artículo cincuenta y siete del reglamento de régimen interió de la Azucarera de Nuestra Señora del Milagro: "Entre personas de distinto sexo, nunca, nunca, nunca se cruzarán más palabras que las indispensables para la buena marcha técnica o administrativa de los servicios de la fábrica..." Totá, que no se pué ni hablá. ¡Mardito zea el reglamento de régimen interió!

TERE. *(Que oyó el final.)* ¿Qué está usted diciendo, hombre?

PALO. *(Asustado.)* ¿Usted viene pa la fábrica?

TERE. No.

PALO. ¿Ez usted parienta de doña Cabesa, dueña de la fábrica?

TERE. No.

PALO. ¿Ni amiga?

TERE. Ni amiga.

PALO. Entonce está mu bien dicho lo que iba diciendo: ¡Mardito zea el reglamento de régimen interió!

TERE. *(Riendo.)* Por mí, añádale una docena más de maldiciones.

PALO. Gracias. Se las pondré a nombre de los dos.

TERE. ¿Está aquí doña Carlota Salobreña?

669596

PALO. De directora de la fábrica, ¡na más! Aunque la que mangonea to y lo revuelve to es su tía doña Cabesa. La autora del reglamento, ¿zabe usté?

TERE. Pues entonces, de la docena de maldiciones le toca a ella...

PALO. ¡La docena entera!

TERE. Bueno. ¿Podría saludar a doña Carlota?

PALO. Ahora mizmo. *(Acercándose al laboratorio.)* Zeñorita Cal... lota..., que haga usté el favó de salí. *(Volviendo.)* Está en er laboratorio con la zeñorita Lucía, la química nueva...; pero yo no zé qué le paza a la química nueva que no da una con la química, y no hase más que suspirá.

TERE. Será tonta.

PALO. Tonta pa los frascos ésos, no, señora...; pero es sortera..., y a los veintitantos años eso ya va siendo tontería.

TERE. Quizá.

PALO. *(Despidiéndose.)* Gregorio Palomares, para serviría...

ESCENA II

Teresa; Carlota, por derecha; *Palomares,* mutis por izquierda.

CARLO. *(Sorprendida.)* ¿Teresa?

TERE. *(Abrazándola.)* ¡Carlota!

CARLO. ¿No vives en Cádiz?

TERE. Sí; pero mi marido tiene que levantar unos planos para el trazado de una carretera, y hemos tomado una casita en el Villar de los Alamos.

CARLO. ¿En el cortijo de la Blanca?

TERE. Allí mismo. Y esta tarde, el aperador, nombrándome las vegas y los dueños, me dijo: aquella chimenea de allá lejos es de la Azucarera de don Félix Puente y de su mujer, doña Cabeza, y allí está dirigiendo la fábrica una

sobrina de ellos, la ingeniera doña Carlota, que es la mujer más sabia que ha nacido por estas tierras. Oír tu nombre—aunque fuera con el remoquete aterrador de sabia—, pegar un brinco, mandar que engancharan el cochecito y plantarme aquí, fué todo uno.

CARLO. *(Abrazándola de nuevo.)* Te lo agradezco muy de veras. *(Llevándola a sentar.)* ¿Qué es de tu vida?

TERE. Que colgué los libros y me casé.

CARLO. Ya lo supe.

TERE. No me llamaba Dios por el camino de la sabiduría, sino para mujer de mi casa... ¡y gracias!

CARLO. Tampoco te has propuesto de firme el estudiar.

TERE. Que no servía. Se puso la moda de ir a las Universidades, y porque era moda fuí yo también. Aquel salir de casa y alternar libremente con los muchachos tenía cierto sabor novelesco que me fascinaba..., y si los catedráticos hubieran sido tan galantes como los alumnos, quizá habría terminado yo la carrera...; ¡pero dan unas calabazas que meten miedo!

CARLO. Se desquitan de las que ellos habrán recibido.

TERE. Puede ser. Pero la verdad es que el permanganato y el peróxido se me atragantaban en los exámenes..., ¡y les tomé una tirria que, aun ahora, cuando peleo con mi marido, le digo enfurecida: "¡Quítate de ahí, permanganato!" Para mí es peor que llamarle canalla o bandido.

CARLO. Pues no lo es tanto...

TERE. ¡Quién sabe! *(Pausa.)* Y tú, ¿qué?

CARLO. Trabajando para endulzar la vida a los demás.

TERE. No es mala ocupación. ¿Mandas a mucha gente aquí?

CARLO. Bastante. Entre mondas, acarreos y personal de fábrica, más de doscientos.

TERE. ¡Ya es!

CARLO. Hay además otro ingeniero para la luz y la energía de las máquinas.

TERE. Pues amigo mío. Como me estanqué en el pre-

paratorio, conozco lo menos catorce generaciones de ingenieros.

CARLO. Antonino Vélez.

TERE. ¡Intimo! No sé la luz cómo la llevará..., pero las mujeres se las llevaba con un hilito.

CARLO. Sería antes.

TERE. Ya sé que aquí estáis en alza las mujeres.

CARLO. En alza, no; pero al mismo nivel, sí. A la fábrica se viene a trabajar: él como yo, ellas como ellos. Y nada más.

TERE. Es poco, Carlota.

CARLO. Pues nada más, Teresa.

TERE. Tiene razón Palomares *(Imitándole.)*: "¡Mardito sea el reglamento del régimen interió!"

CARLO. Y yo la primera a cumplirlo.

TERE. Si tú lo has redactado...

CARLO. No. Es obra de la tía Cabeza...

TERE. ¿Pues sabes lo que te digo? ¡Que tu señora tía doña Cabeza es también permanganato!

CARLO. ¿Y qué remedio? Sin esta severidad no se podría vivir.

TERE. Lo que falta es que con ella se viva.

CARLO. Perfectamente.

TERE. Vosotras sabréis. El domingo almuerzas con nosotros. Vendremos a buscarte.

CARLO. ¿Ya escapas?

TERE. No quiero que se me haga de noche en el camino sin haberle dicho a Pepe que salía.

CARLO. Pues hasta el domingo. *(Mutis las dos por foro charlando.)*

ESCENA III

Palomares, por izquierda; luego, *Lucía,* del laboratorio.

PALO. ¿Decíamos que se las trae el cincuenta y siete?... Pues el cincuenta y ocho es para morirse. "El hombre que requiebre a una mujer será castigado con la multa de diez pesetas la primera vez, y con la expulsión a la segunda." ¡Arrea! "En la misma pena incurrirá la mujer

que preste oídos a los requiebros." ¡Arrea otra vez! ¡Cuarquiera le echa un piropo a una mujé!...

LUCIA. *(Llamando desde dentro.)* ¡Palomares!...

PALO. Sarga usté si quiere.

LUCIA. ¡¡Palomares!!

PALO. ¡¡Que sarga usté si quiere!!

LUCIA. *(Joven preciosa..., si puede ser, limpísima y bien vestidita, dentro de lo modesto.)* ¡Qué poco amable!...

PALO. ¿Poco amable? ¡Un caramelo! Bueno; en una fábrica de azúcar eso no es na, ya lo sé. Pero usté, como es nueva, no s'ha enterao del Catón.

LUCIA. ¿Qué dice el Catón?

PALO. Que ar laboratorio no s'arrima nadie sin la cesantía y la horca y un tiro por la esparda.

LUCIA. ¡Qué atrocidad!

PALO. Y er tiro creo que es de cañón. No lo dice el reglamento, pero se supone por las malas intenciones.

LUCIA. Pero ¿por qué?

PALO. Por culpa de ustés, las mujeres. Antes había un señor químico... y se podía mirá y se podía pasá; pero no apetesía mirá ni apetesía pasá. Se marchó el químico, trajeron una química con las hechuras de usté... *(Espantado.)* ¡A ver si es piropo y m'arrean dos machacantes de multa por la primera!

LUCIA. No es piropo, Palomares.

PALO. Mejó. Y ahora que apetese mirá y apetese pasá, ¡no se pué mirá ni se pué pasá!

LUCIA. Paciencia...

PALO. Bueno; pasiensia.

LUCIA. Necesito alcohol para seguir trabajando.

PALO. Pues tendrá usté arcohol cuando me pía usté arcohol..., y cuando me pía usté la gloria...

LUCIA. ¡Palomares!

PALO. Le doy las diez pesetas a doña Cabesa y le traigo a usté la gloria en frascos también.

LUCIA. Muchas gracias. *(Mutis.)*

ESCENA IV

Palomares; luego, *Salazar,* por lateral derecha.

PALO. *(Llamando.)* ¡Salasá! Trastornao anda er mundo con esto de que las mujeres s'haigan metío a ser hombres. ¡Como si no les fuera ya mu ricamente con se mujeres! ¡Salasar!

SALA. *(Cachazudo, calmoso; liando un pitillo.)* Ya está aquí Salasar. ¿Qué pasa con Salasar?

PALO. Qu'eres una pórvora pa too.

SALA. Dame un mixto.

PALO. ¡Salasar!...

SALA. Dame un mixto, hombre. No soy una pórvora, pero tampoco soy un pesao. Lo que pasa es que no me gustan las prizas, sobre to, las prizas de los otros.

PALO. Ni las tuyas. Tú no llegas a tiempo ni yendo en coche.

SALA. Será porque no quiera el mayoral...

PALO. Porque tienes hígado cocío en el cuerpo y has sacao una manera de andá que paeces un paso de Semana Santa.

SALA. Eso es gitanería y movimiento durce que me traigo. A las mujeres les hace su aquel...

PALO. Bueno, bueno. A lo que estamos. ¿Has buscao al contramaestre?

SALA. He buscao al contramaestre.

PALO. ¿Y qué?

SALA. Que no está en la fábrica.

PALO. ¿En las oficinas?

SALA. Dame un mixto.

PALO. ¡Salasar!

SALA. Dame un mixto, hombre, que s'ha apagao.

PALO. ¡Tómalo!

SALA. Gracias. Ni en las oficinas.

PALO. ¿Pues ónde? ¡Acaba de una vez, ladrón, que también tienes movimiento durse pa las palabras!

SALA. Que no lo he encontrao.

PALO. ¡Pero Salasar!...
SALA. ¿Y qué voy a hacer yo? Si creerás tú que el contramaestre telegrafía diciendo: "Si Palomares pregunta por mí, en tal parte estoy. Detalles correo."
PALO. M'enciendes la sangre, Salasar, y te voy a poné una murta que te va a levantá en vilo.
SALA. ¿Una murta?
PALO. ¡Eso!
SALA. ¡Que yo no te eché ningún piropo, Palomares!
PALO. Claro que no.
SALA. ¿Y entonses?
PALO. Hay más cosas que castigar, y tu obligación es buscá al contramaestre pa que s'agarre a la sirena y dé un pitío muy largo en cuanto esté too listo pa empezar la campaña.
SALA. *(Sentándose.)* Lo buscaré.
PALO. ¿Esa es la obediencia?
SALA. ¿Pa qué quieres que vaya ahora si fartan dos meses toavía pa que arreglen lo de la luz, que le ha dao por ponerse amarilla y no se pone blanca más que la jurguen?
PALO. Pues doña Cabesa quiere que se comience hoy la faena.
SALA. Que se lo diga a la electriciá, que es la que no quié andá. ¡Y mira tú que es maraviya eso de que con un hilito haiga luz y fuerza!
PALO. ¡Hay caa cosa ahora!
SALA. Pero ¿sabes el invento que a mí me tira d'espardas?
PALO. Como no sea un terremoto.
SALA. Er teléfono. Eso de hablar con Seviya sin moverse de un sillón es colosá. ¡Bendito zea el tío del teléfono y la tía de la radio! Yo tumbao... y er artavoz dándome serenata desde por la mañana. ¡Eso es inventá, Palomares!
PALO. ¡Lárgate al recao!...
SALA. Y luego músicas y coplas..., ¡con lo que a mí me gustan! ¿Sabes la copla que me vuerve loco?
PALO. ¡Que te largues al recao, Salazar!

SALA. Pues aquella que dice:

Bendita sea la siya,
los corchones, el zofá,
la butaca de respaldo
y la jaca de montá.

PALO. Vete ya, que er mejor día sí que me vuervo loco yo, agarro un máuser y hasta los mosquitos van a caé fusilaos.

SALA. Pué ser un tiro aprovechao, Palomares. ¡Cuarquiera te discute el número de mosquitos que digas tú que has muerto!

PALO. ¡Vete de una vez, permazo!

ESCENA V

Dichos; Mercedes, por izquierda.

MERCE. *(Una mocita primorosa. Es la ordenanza de la fábrica, pero debiera ser el ama..., si el amo fuera inteligente. Presumidilla de vestir... y de lo demás.)* ¿Qué voces son éstas, señor listero?

PALO. El asaúra éste, que me fríe!

SALA. *(Que se levantó como por resorte, al oído a Palomares.)* ¡Esta sí que es un artavoz! Escucha lo que dice con esa cara y esa cintura y esas patitas de perdiz.

PALO. *(Indignado.)* ¡Cáyate, Salazar!

SALA. ¿Pero no lo ves tú?

PALO. Porque lo veo te digo que te cayes. ¡Estos gorpes aquí hay que sufrirlos en silencio!

SALA. Son sus ojos dos luceros
y en su cara brilla el sol;
tan hermosa y tan lozana
no la sueña ni un pintó.

MERCE. *(Que coquetea hasta con los mosquitos.... mientras no los mate Palomares.)* Agradecidísima, Salazar.

PALO. Que estáis fartando al cincuenta y siete del interió...

SALA. Déjame a mí de interiores, hombre. Pa mí no

hay más artículo que la mujé, que es un artículo de primera necesiá, ni más reglamento que er que manda que onde haiga una mujé bailen de coroniya toos los hombres.

PALO. *(Desesperado.)* ¡Salazar!

SALA. *(Arrimándose a Mercedes.)* Si fuera usté un malacatón, me la comía sin mondarla y con hueso y too.

MERCE. ¿No sería mucho el güeso?

PALO. ¡¡Mercedes!!

SALA. ¡Ni sentirlo!

MERCE. ¿A que no?

SALA. ¡A que sí!

PALO. Un día de murta a los dos.

SALA. Es iguá. Me habían de ajorcá y en el úrtimo suspiro aún me salía un piropo si estaba delante una mujé así.

MERCE. Eso no se podrá comprobar nunca, porque estando yo no hay quién le ajorque a usté.

SALA. ¿De verdá, lucero?

MERCE. De verdá, candil.

PALO. *(Resignado.)* Por los clavos de Cristo, vuérvete a las oficinas, Merceitas...

MERCE. No tenga usté mal genio, Palomaritos...

PALO. ¡Si es que nos estamos jugando el destino por curpa vuestra!

MERCE. *(Mirándoselo bien.)* ¿Por curpa mía? Y que una persona tan simpatiquísima como usté diga esas cosas...

PALO. *(Que se cree lo del simpatiquísimo, amansado.)* Has de comprender, Merceitas, que también yo tengo mi arma en mi armario, y no es voluntá lo que me farta pa decirte un chicoleo... y dos también...

SALA. ¡Un año de murta, Palomares!

PALO. Esto era una explicación, hombre.

ESCENA VI

Dichos. Don Félix, por foro.

FELIX. *(Hombre bonachón.)* ¿Andáis de cháchara?
MERCE. Escuchando un sermón de Palomares.
PALO. ¡Que m'artera los nervios este Salasar!
FELIX. Algo calmoso es, pero buen hombre.
SALA. Ascucha tú eso, Mercedes. Buen hombre.
FELIX. Sí; pero tienes que avisparte un poco.
MERCE. No puede, don Félix. Le han criao con biberón de adormideras.
SALA. El respeto.
FELIX. ¿Cómo el respeto?
SALA. Sí, señó; el respeto a estar usté delante, que si no ya le había contestao a ésta una cosa con ortigas pa que se rascara en tres o cuatro sitios.
FELIX. Bueno, bien. Cada uno a lo suyo.
SALA. Pues voy a da la cal a la paré d'atrás .
FELIX. Que te lo dije hace cuatro días, Salazar.
SALA. Y ya he llevao el cubo, la cal y un banquiyo pa sentarme.
FELIX. *(Riendo.)* Algo es.
PALO. ¡Permita Dios que te pongan los garbanzos de kilómetro en kilómetro y tengas que dar la vuelta ar mundo pa comete un cocío!
SALA. ¡Toos contra mí! No me quea más remedio que sentarme.
PALO. *(Impidiéndolo indignado.)* ¡T'han dicho que vaigas pa allá!
SALA. Bueno, me sentaré allá. *(Mutis por foro Palomares y Salazar.)*
FELIX. No alborotes el cotarro, Merceditas...
MERCE. No, señor, no. Pero a una le dicen cosas..., ¿y qué va a hacer una?
FELIX. De lo que puede hacer una... sabía yo algo en otros años. Ahora tengo ya tantos que no sé nada de eso.
MERCE. La apariencia es de muchísimos menos...
FELIX. *(Complacido y entrando por uvas.)* La verdad

es que... ¡La verdad es que te largues, para que no suelte yo alguna mentira!

MERCE. Lo que usted mande.

FELIX. Sí. Anda, anda... *(Mutis Mercedes.)*

ESCENA VII

Félix; Carlota, por foro.

CARLO. Hola, tío Félix.

FELIX. Hola, Carlota. ¿Y la tía Cabeza?

CARLO. Dando órdenes a las capataces de acarreos.

FELIX. ¿Han despedido a Oremus?

CARLO. ¿Qué Oremus?

FELIX. El jefe de campo.

CARLO. Ese es Deogracias.

FELIX. Ya sabía yo que era algo de misa. No es Oremus *(junta las manos)*; es Deogracias *(Las abre.)*

CARLO. La tía se ocupa de todo; pero no estaría de más que te ocuparas también tú de algo.

FELIX. ¿En serio lo dices?

CARLO. ¡Claro!

FELIX. Pues en serio te responderé una sola vez..., y una para todas: Lo hice al principio, creyendo lealmente que era mi obligación... Pero tuve que desistir, porque mi mujer no admite ingerencia ninguna en la dirección de la fábrica.

CARLO. Es verdad.

FELIX. He renunciado totalmente—que no es lo más discreto, pero es lo más práctico—, y no hablo con ella sino cuando tengo precisión de felicitarla por sus hermosísimas poesías.

CARLO. ¿Hermosísimas?

FELIX. El reconocerlo tampoco es discreto, pero también es práctico. La quintilla del día de su santo sobrepasa a toda la lírica contemporánea:

Por ser mi santo mañana,
huevos fritos con jamón,
pescado en salsa, capón,

queso, dulce de manzana,
champán y tortilla al rón.

CARLO. Eso fué una broma.

FELIX. ¿Y el poema a Sierra Nevada? Dudo mucho que Sierra Nevada lo resista. ¿Y los versitos a la fabricación del azúcar, que cuando se publiquen harán bajar las acciones de la fábrica?...

CARLO. Es una manía inofensiva...

FELIX. No, no. En eso discrepo. Sus versos no son a primera sangre; son a diez pasos, con pistola rayada y apuntando.

CARLO. Lo mejor es...

FELIX. *(Atajando y muy serio.)* Lo mejor es no hablar de ello e ir llevando mi cruz, ya que, como ella dice, nunca, nunca, nunca, seremos compatibles.

CARLO. Y el caso es que, en el fondo, es muy buena.

FELIX. Tal vez. *(Cambiando bruscamente.)* ¿Y Antonino?

CARLO. En la central de la luz manipulando desde el amanecer; pero no consigue dar la energía necesaria.

FELIX. ¿No da chispa?

CARLO. Por ahora, al menos..., y ya la tía Cabeza está impaciente, porque nos convendría empezar hoy las labores.

FELIX. Pues las empezaréis, que Antonino es muy listo y muy dispuesto. Y, además, soltero y simpático...

CARLO. Aquí le sobra con ser buen ingeniero. Y dispensa, tío, que voy al despacho...

FELIX. *(Cogiéndola del brazo y marchando con ella.)* Tienes razón, sí; pero no acabo de explicarme qué gusto podéis hallar en esa violencia que os hacéis ahora las mujeres para mostraros insensibles.

CARLO. No es violencia.

FELIX. Peor entonces. Os censuraba por disimular y

veo con pena que hay que censuraros por no sentir.

CARLO. Tú eres aún de la época romántica, tío.

FELIX. Vosotras, de ninguna: ni hombres, porque de ello estáis muy distantes; ni mujeres, por lo que de mujeres os vais distanciando vosotras mismas.

CARLO. Con tus ideas, un poco atrasadas, no nos puedes comprender.

FELIX. Ni puedo... ni quiero. A tu despacho, señora directora..., o señor directora.

CARLO. Es lo mismo.

FELIX. Sí; pero suena endiabladamente. Vamos, vamos. *(Mutis los dos por las oficinas.)*

ESCENA VIII

José Luis, por foro. *Lucía.*

LUCIA. Creí que era Palomares.

JOSE. Pues no soy Palomares. Buenas tardes, Lucía.

LUCIA. Muy buenas, don José Luis.

JOSE. Quedamos ayer en que el don se lo comería usté.

LUCIA. Comido.

JOSE. Así está bien. ¿Nos vamos acostumbrando al encierro?

LUCIA. Algún suspiriyo cuesta. Pero no hay más remedio... Mi padre estuvo muchísimos años en un comercio; pero cambió de dueño, pusieron personal femenino, que ahora es el aire, y a la calle el viejo.

JOSE. ¿No encontró ya colocación?

LUCIA. Cosiyas chicas: mucha sujeción y poca ganancia.

JOSE. Acomodos para gente joven, que vive más de lo que sueña que de lo que gana.

LUCIA. Eso. Y a pasar fatigas todos mientras nos pusimos en condiciones de valer nosotras para algo.

JOSE. La verdá es que la vida se ha puesto como para que la hagan de nuevo.

LUCIA. Mediana... Mi padre lo dice a todas horas: Antes, con menos dinero, se vivía mejor, y no espantaba el quedarse de momento sin colocación... Y ahora, con la competencia feroz de las mujeres, es una dificultad horrenda. Ya lo ve usted aquí. La plaza del laboratorio siempre fué para un hombre: hoy es para una mujer. Y en las de trabajos manuales, ¡no digamos! Con un poco de maña que se den, ¡todos los puestos para ellas!

JOSE. Cierto. Antes era una vergüenza para el hombre que la mujer trabajara en sostener la casa, y hoy la vergüenza está en que ella no gane tanto o más que él.

LUCIA. Cambiaron las ideas..., y hay que ir con el tiempo.

JOSE. Habrá que ir; pero yo no voy todavía.

LUCIA. Dichoso usted, que es rico y no conoce la lucha por la vida.

JOSE. Rico, no; un modesto pasar en el campo... y muchas ganas de tropezarme con una mujercita que le guste el campo, el modesto pasar... ¡y el José Luis!

LUCIA. Pues eso es facilísimo. Es decir; según donde ponga usté los ojos...

JOSE. Donde no sea un disparate por demasiado subido.

LUCIA. Entonces, facilísimo.

JOSE. Me alegro de saberlo, para cuando pruebe fortuna en la conversación. Y a la antigua, ¿eh? ¡Ella, mi reina, y yo a traer los dineros para que luzca!

LUCIA. Hace usted bien...; pero a mí me hace daño el pensarlo nada más.

JOSE. ¿Por qué?

LUCIA. *(Bruscamente.)* Por nada. ¿Viene usted de la Vega, José Luis?

JOSE. Vengo de la Vega, y está aquello como usté: hermosísimo.

LUCIA. Hoy entraron en la fábrica muchas cañas de las suyas.

JOSE. Unas pocas solamente. Doce marjales han cortao; hasta ciento diez y seis, aún queda tela.

LUCIA. El terreno debe ser muy fértil y de primera, porque los cortes son buenos de veras. Le felicito por la densidad, José Luis. El tercio anda en los siete grados y medio, y la alifa por cerca de los once.

JOSE. Me alegro también, porque eso mejora el negocio... ¡Pero me hace un efecto tan raro el oírlo de su boca de usté!...

LUCIA. Es de mi carrera el saberlo.

JOSE. Sí, señora, sí. Pero las mujeres ahora nos van quitando las conversaciones de los hombres..., y para hablar así, casi me daba igual que tuviera usté sesenta años, las barbas blancas y las gafas de cristales ahumados del señor que había antes en el laboratorio.

LUCIA. Quizá fuese igual... Pero lo que usted ni siquiera se figura es que alguna vez he corrido, ya desesperada, ante el espejo para mirar si, efectivamente, no tenía las barbas blancas o las implacables arrugas de las viejas.

JOSE. ¿Tan mala fué su juventud?

LUCIA. Ni mala ni buena. Yo no tuve juventud..., y si la tuve, la he brincado. Hasta las muñecas las he vestido de señoras mayores, para que todo fuera más formalito en mi niñez.

JOSE. ¡Para escoger una carrera tan... tan fea!

LUCIA. ¿Yo qué sabía de ninguna? Me dijeron que ésta era de gran porvenir..., y ésta empecé. Después, ya no hubo más remedio que concluirla.

JOSE. ¿Y encerrarse en un laboratorio?

LUCIA. Y encerrarme. ¿Cree usted que he cambiado a gusto mi casita de Granada y los rosales de mi reja por los frascos de los ácidos y las retortas de las mezclas? ¡Es que se hundió la casita, José Luis!

JOSE. ¿Alguna desgracia de familia?

LUCIA. Según como usted lo quiera entender. Vivimos y estamos todos buenos de salud... Pero mi

hermana mayor hizo oposiciones, las ganó, fué destinada a Barcelona... ¡y allá se marchó con mi padre! Yo conseguí esta colocación excelente..., y aquí vine con mi madre. No somos más que los cuatro... Los cuatro nos fuimos... ¿Usted dirá lo que había de hacer la pobre casa abandonada? Lo que hizo..., entristecerse, cerrarse unos días y luego abrirse para que gentes extrañas la alquilaran.

JOSE. Mal asunto...

LUCIA. Mi hermana se llevó la jaula del jilguero; yo me traje los tiestos de los rosales..., y eso, el jilguero a ella y los rosales a mí, ¡es todo lo que nos dice ahora que aún existe Granada por el mundo!

JOSE. Granada merecía más.

LUCIA. Sí, señor... Pero la vida es muy dura..., y a Granada... y a otros les da muy poco para vivir. *(Se queda pensativa.)*

JOSE. *(Abrazándola delicadamente.)* ¿Qué es eso, Luciica?

LUCIA. *(Sonriendo.)* Nada. Que los rosales, el jilguero y yo piamos ahora por lo antiguo. *(Desprendiéndose suavemente.)* Salud, José Luis, salud. *(Mutis.)*

ESCENA IX

José Luis; Palomares.

PALO. *(Entra y va a la puerta del laboratorio.)* Sita Lucía..., el arcó...

JOSE. No le hace farta. Lleva ya lumbre por los cuatro laos.

PALO. Allá ella... y usté..., y yo que no lo vea; pero me parece a mí que el año que viene ésta manda más que tú en los ciento diez y seis marjales de tu vega.

JOSE. Pué ser...

PALO. *(Como si le contestaran desde dentro.)* El arcó... ¿Que lo pase yo? ¡No, señora! Sarga us-

té, si quiere... ¡No hay hombre que varga! Sarga usté por él.

ESCENA X

Dichos; Lucía.

LUCIA. Eso ya es exagerar, Palomares.

PALO. No, señora. Lo que manda el reglamento. Y el santo mieo a un murtazo que me barde.

LUCIA. *(Recogiendo el frasco.)* Bueno. Gracias. Dispense usted, José Luis. *(Mutis.)*

ESCENA XI

José Luis y *Palomares.*

JOSE. Bonita, es bonita, ¿eh? Y bien de hechuras, ¿eh?

PALO. Dos. Que somos dos a sabernos ya eso de memoria. ¡Pero cuidao con la química, don José Luis, que a lo mejó mete algún ásido en la conversación y le corroe a usté la voluntá!

JOSE. No importa.

PALO. Entonces ¡duro!, y un radio al señor cura. Pero mientras no se resuelva usté, ¡ojo a doña Cabesa, que lo fila too!

JOSE. A ésa un día le pongo yo un cohete.

PALO. De hacer las cosas, hágalas usté bien: póngala una traca siquiera.

JOSE. Too será que se me ocurra. Y a la báscula voy, a ver el peso de mis cañas.

PALO. Pues a quear contento, que las de este año vienen superiores, y las alifas, las de dos años, s'han puesto como puños y más jugosas que la misma miel.

JOSE. Eso es bueno, y para toos habrá ganancia. *(Mutis los dos por el foro.)*

ESCENA XII

Carlota y *Doña Cabeza,* de la oficina.

CARLO. No te impacientes, tía Cabeza. Mientras la maquinaria no funcione, es inútil que vayamos por allá.

CABE. ¡Y todo por culpa del títere ése!

CARLO. ¿Qué títere?

CABE. El ingeniero nuevo. Recomendado y amigote de Félix. ¿Quieres más detalles para convencerte de que es otro mamarracho como tu tío? Nunca, nunca, nunca hemos debido de admitirle en la fábrica.

CARLO. Dicen que es de una gran competencia.

CABE. Lo dice Félix; pero yo lo he negado siempre, siempre, siempre. Como técnico, ya lo ves, no acierta a reparar la avería de la luz, y como persona es deplorable. Un chistoso de mal gusto, que nos pone como trapos.

CARLO. ¿A vosotros?

CABE. A todas las mujeres. Se reúne en el Casino con otros zascandiles, infatuados con el privilegio de ser hombres—como si eso hoy fuera algo...—, y a comentar en solfa el movimiento feminista, que no es, según esos botarates, más que deseos de significarse, de tener mayor libertad y de buscar aventuras.

CARLO. Por lo visto, ese señor no ha salido de un pueblo.

CABE. No, no. Ha corrido mucho... ¡corriéndola! Las muchachitas de falda corta, melena corta y manga corta le gustan sobremanera; pero a condición de que tengan largo también el escote... y el genio.

CARLO. Maniquíes para divertirse.

CABE. ¡No servimos para más!

CARLO. Pues conquistará lo que se venda... o lo que se alquile, porque dudo mucho que a una mujer sensata le agrade quien no tenga por lo menos su mismo nivel intelectual.

CABE. Eso es la lógica; pero desciendes a la realidad, que se complace a menudo en desbaratar lógicas y tropiezas con unas alianzas entre seres humanos que no las encuentras jamás entre los animales. ¿Cuándo has visto pareja de tórtola y cernícalo, de paloma y avestruz? Pues en el mundo de los racionales no faltan mujeres que se dejan persuadir por cernícalos y avestruces.

CARLO. Sí... Pero eso generalmente no se llama amor: se llama miseria... y miedo a más miseria todavía.

CABE. ¿Luego es preciso que las mujeres se valgan a sí mismas?

CARLO. ¿Quién lo duda?

CABE. Los hombres. Nunca, nunca, nunca me cansaré de repetirlo: ¡hay que aplastarlos!

CARLO. No, tía, no. Hay que disculparlos, porque les cuesta mucho descender de su trono de amos y semidioses.

CABE. Pues eso se les acabó.

CARLO. Todavía...

CABE. Aún quedan mujeres con espíritu de esclavas.

CARLO. A esta gente del campo no se le puede exigir que sacuda en un solo día el yugo de tantos siglos.

CABE. ¡Con lo hermosa que es la libertad!

CARLO. Sabiendo qué hacer de ella, sí; pero a muchos es precisamente lo que les estorba, y van más a gusto con que alguien los lleve y los traiga.

CABE. Atavismos de recua. Yo creo haber expresado lo que es el matrimonio en versos que, aunque míos, no se desdeñarían otros poetas de firmarlos:

Si el matrimonio admitiera
la vulgar comparación
con un bastón de madera,
sería el hombre la contera
y ella el puño del bastón.

CARLO. A veces...
CABE. Ya sé que algunos maridos le dan la vuelta al bastón; pero eso no disminuye la fuerza de mi argumento.
CARLO. *(Con ademán de pegar.)* Ni la del suyo.
CABE. La del mío principalmente, porque siempre será un bastón al revés. *(Se enciende el foco.)*
CARLO. ¡La luz! *(Se apaga el foco.)*
CABE. Nada. El títere no acierta. *(Vuelve la luz, hasta quedar fija. Si puede ser, se iluminan también los ventanales de la fábrica.)*
CARLO. *(Al convencerse de la fijeza de la luz.)* El títere acertó.
CABE. Una casualidad.
CARLO. Posible...
CABE. Y veremos lo que dura. Tú seguramente lo hubieras arreglado antes.
CARLO. Quizá...; pero no lo hice.

ESCENA XIII

Dichas; Félix, por foro.

FELIX. *(Entusiasmado.)* Esto es alumbrar, y no las candilejas indecentes de los otros años.
CABE. No es menester que expliques lo que vemos todos.
FELIX. Se lo explico a Carlota, que no es tan súbita de comprensión.
CARLO. *(Riendo.)* Con mucho gusto.
FELIX. Tenía puesto su amor propio en que se pudieran empezar hoy las faenas, por el negocio mismo y por complacernos, pero viendo que no acababan de ejecutar sus órdenes con la rapidez que deseaba, entonces el títere... ¿sabes quién es el títere?
CABE. ¡Félix!
CARLO. *(Riendo.)* Sí.
FELIX. Se planta él mismo en la central *(Haciendo cuanto dice)*, se quita la chaqueta, el cuello, el chaleco...

CABE. ¡Félix!

FELIX. Nada más. Se remanga la camisa, pega un brinco encaramándose por la máquina, le hace no sé qué a la polea, vuelve a bajar, agarra el volante *(Como si le diera vuelta a la rueda de un carromato)*, abre el regulador, se estremecen palancas, bielas y cigüeñales... ¡y el motor a escape *(Imitando su ruido)* zumba que te zumba!

CABE. ¿Ese es el motor? Pues parece una zambomba.

CARLO. Consuélate, tío Félix, que no estás obligado a una fidelidad imitativa absoluta.

FELIX. Dando idea...

CABE. Esa la das. No sé de qué, pero la das.

FELIX. Pues adelante con la historia. Aunque a todos nos parecía que ya funcionaba aquello perfectamente, él aún no queda satisfecho, salta como si fuera un muchacho por encima de las correas, mete los brazos en los engranajes y hasta en el cuadro que dice "peligro de muerte", y que por lo visto no reza con él, hasta que al fin todo el aparato le obedece dócilmente ¡¡y el motor es un trueno, la correa un vivo relámpago y la dínamo una sucursal del mismo Sol!!

CARLO. Y eso es la luz.

FELIX. Sí, eso es la luz. *(A Cabeza.)* Y eso es el títere que os he traído yo a la fábrica. Tienes buen golpe de vista para juzgar a los técnicos.

CARLO. *(Riñendo afectuosa.)* Tío Félix...

ESCENA XIV

Dichos; Antonino, por foro.

ANTO. Cuando ustedes dispongan se pueden comenzar las faenas.

CABE. ¿Funciona ya el molino grande?

ANTO. No, señora.

CABE. *(Burlona.)* ¡Ah!

ANTO. He querido reservarlo para que usted nos conceda la honra de abrir por sí misma el regu-

lador y que sea su propia mano de usted la que inicie materialmente la campaña.

CABE. *(Halagada.)* ¡Ah!

FELIX. ¿Ves, Cabecita? No era ah... ¡¡era ah!!

CABE. No seas chabacano, Félix.

ANTO. Y si usted nos autoriza, al arranque de los cilindros para triturar la primera molienda, estremecerá los aires la sirena y daremos vivas todos los hombres de la fábrica.

CABE. Y las mujeres.

ANTO. Si quieren...

CARLO. ¿Le gusta a usted el barullo?

ANTO. Sí, señora. Cuando es por un motivo justificado me parece perfectamente el barullo y las voces, y los vivas, y si dependiera tan sólo de mi voluntad, como a la sirena de la máquina, le diría siempre a la sirena del corazón que no se quedase nunca silenciosa cuando por él pasara una alegría.

FELIX. *(Abrazándole.)* ¡Bien, hombre!

ANTO. *(Riendo.)* ¿Pero usted qué hace así?

FELIX. ¿Yo?...

CARLO. Nada. Que nos ha explicado lo que usted hizo en la Central, y como el tío Félix no es el tío Félix, sino un gráfico del "Blanco y Negro" o de "La Esfera", accionó la explicación para que la entendiéramos mejor.

FELIX. Por eso nunca explico lo que es una boda. Le temo a ese gráfico.

CABE. Haz algo de provecho. Llama a Palomares.

FELIX. *(Alejándose.)* Palomares... Palomares...

CARLO. No sabía que fuera usted ingeniero electricista.

ANTO. No es mi especialidad, pero en los tres años que estuve en la Escuela de Lieja tuve que practicar eso también. *(Riendo.)* Hasta ahora no me había servido más que para una instalación de ocho bombillas en casa de mi hermana.

CARLO. Ingeniero como usted.

ANTO. Liquidadora de Hacienda, y vive en Segovia con mi madre. ¡Ya ve usted si no sería cien

veces mejor que viviéramos juntos los tres ya que por fortuna gano de sobra para todos!

CABE. Ay, no, señor. Nunca, nunca, nunca debe vivir la mujer a costa del hombre. ¿Aguantarle porque tenga la llave de la despensa? No, señor; no, señor; no, señor.

ANTO. Ahora hay que aceptarlas trabajando como nosotros, fumando como nosotros...

FELIX. Y saliendo a dar una vuelta de noche como nosotros.

CABE. ¿Por qué no?

FELIX. *(Después de mirarla.)* Es verdad. ¿Por qué no?

CARLO. La mujer debe ser ya un compañero.

ANTO. *(Después de mirarla.)* Dificilillo es. Ver en un marimacho al compañero, sí; verlo en una mujer encantadora como usted, no; mentira.

CARLO. Pues así tiene que ser conmigo, si no prefiere usted que renuncie a toda relación amistosa.

ANTO. Así será. Y le prometo a usted solemnemente que de mis labios no volverá a salir una palabra que pueda molestarla en el sentido de admiración física.

CARLO. Se lo agradeceré.

ANTO. Esto de labios afuera. Para mis adentros, no la puedo prometer ni usted me puede impedir que yo siga pensando al acercarme a usted cada día: Vamos a ver a una mujer que comete la inmensa torpeza de no querer que la miren como mujer.

CARLO. Aquí soy un ingeniero nada más.

ANTO. Se equivoca usted. Aquí y allá y en todos lados y a todas horas, mientras no pierda usted su belleza, será usted primeramente y ante todo una mujer.

CARLO. Basta de eso.

ANTO. *(Inclinándose.)* Basta.

ESCENA XV

Dichos; Palomares.

CABE. ¿Está la gente prevenida?
PALO. Too er mundo en su puesto.
CABE. Pues a empezar, Carlota.
CARLO. A empezar. Cuando usted quiera, compañero. *(Mutis los tres por foro.)*
ANTO. A su disposición, compañera. *(A Félix.)* El estudio de lo árido las hace áridas también a ellas; y en el afán de asimilarse a lo nuevo se creen obligadas a extremar su personalidad naciente. Esa mujer, hoy, tiene por corazón una dínamo, y si fuera arquitecto la complacería tener un sillar de granito dentro del pecho. Es un gusto como otro cualquiera.
FELIX. No te fíes de las apariencias, que hoy son igual que eran. Lo que pasa únicamente es que antes podías casarte con una maestra o con una profesora de piano, y ahora te puedes casar también con un liquidador de Hacienda o con un jefe de Correos y Telégrafos.
ANTO. Cierto, sí.
FELIX. La mujer empieza a conquistar el mundo.
ANTO. Al contrario. Ahora es cuando empieza a perderlo. Vamos, vamos.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

Salazar, por foro. Luego, *Mercedes.*

SALA. Estos días tan templaos y tan preciosos, es criminá que se ponga uno a trabajar. Y yo no soy criminá... ni lo he sío nunca. ¡¡¡Huy!!! Sabía de fijo que andabas tú por aquí cerca.

MERCE. ¿Un pajarito?
SALA. El oló. El oló a nardos y a rosas y a claveles y a toas las flores de los jardines que va dejando tu persona.
MERCE. A ver si habré puesto yo sin saberlo una tienda de florería...
SALA. Y por ti soy yo capaz hasta de andar de prisa arguna vez.
MERCE. ¿Entonces va eso muy de veras, Salazar?
SALA. Na más que por mirarme tú cuando da la casualidá de que te mire yo.
MERCE. ¿Como ahora?
SALA. Así mismo.

Los ojos del hombre buscan
los ojos de la mujé:
cuando los ojos se encuentran
nace la luz der queré.

¡Esos son versos y no los repoyos de doña Cabeza!
MERCE. *(Haciendo la cruz.)* ¡No la nombres, Salazar!
SALA. No hay que hacerla caso. Con ella pasa lo que con la Leonó y yo.
MERCE. Leonó es la mula.
SALA. Esa es. La estaba yo aparejando y se empeñó en que la aprietaba demasiado la barriguera. "Cármate, Leonó, que la cincha va bien templá." Cuantas más reflexiones, más emperrá y más inquieta se ponía. ¡Hasta que me cansé, le puse la pata en la tripa y me jarté de aprietá la barriguera!
MERCE. Bueno, ¿y qué?
SALA. Que luego ha venío to er camino llamando la atención porque traía la cintura de avispa. Y con la manta doblá muy corta, tobillera también.
MERCE. No está eso bien comparao. Me parece que tú conoces poco a las mujeres.
SALA. Ando en aprender... Pero una cosa es para mirarlas y otra cosa es para llevárselas a casi-

ta, que la mujé es un misterio y too lo que sea descubrí el misterio antes de tiempo no va conmigo.

MERCE. Ni conmigo tampoco.

SALA. Pues entonces escúchame unas palabritas. Si lo que quieres son bromas, vas bien vestía... y cuantas más cosas te quites ¡mejó!, más cosas te veo. Si lo que quieres son veras... no vas vestía. ¿Te enteras? Pa ser mi moza, te sobra ropa: pa ser mi mujé, te farta mucha. Tú dirás desde hoy por dónde va la costurera recortándote los trajes.

MERCE. A tu voluntá, Salazar.

SALA. La manga por aquí. *(La muñeca.)* La farda por aquí. *(Al tobillo.)* Y el escote por aquí. *(Al cuello.)*

MERCE. ¡Ay, madre mía, lo que voy a sudar vestía de fraile!

SALA. En cambio, no te constipas.

MERCE. Lo que tú quieras, pero sin exagerá, pa no salir hecha un adefesio, que a ti mismo no te pué complacer el que se burlen por fachosa de la que tú has elegido.

SALA. ¡Mujé habías de ser para no pedir cuando das!

MERCE. Es por armonizar...

SALA. Pues armonicemos.

MERCE. *(Cogiendo la mano de Salazar para señalar bien.)* ¿La manga?

SALA. Por aquí. *(A dos dedos de la muñeca.)*

MERCE. *(Haciéndole subir la mano hasta el codo.)* Llevándola por aquí ni se exagera ni hay miedo a los resfriaos.

SALA. *(Deteniéndose un poquito más de lo indispensable.)* Por aquí está muy bien... y muy suave... ¡y muy bien, Merceítas!

MERCE. Más vale. El ezcote. Fijate... ¿así?

SALA. Ya me fijo, ya; pero no sé lo que me pasa, que cuanto más me fijo más me muevo.

MERCE. Tendrás azogue.

SALA. Argo tendré, sí.

MERCE. ¿Subo?

SALA. Sube.
MERCE. ¿Así?
SALA. Baja.
MERCE. ¿Así?
SALA. Parte la diferencia.
MERCE. Ya está.
SALA. Muy bien; vamos con la farda.
MERCE. Pero sin tomarme media, eh, que soy muy nerviosa y con el aliento que me roce doy un chillío que ni er pito de la fábrica.
SALA. Señalá, na má. ¿Con eso no chillarás?
MERCE. No lo sé...
SALA. *(Agachándose.)* La farda por aquí.
MERCE. *(Muy rígida.)* No veo.
SALA. *(Arrimando el dedo.)* Por aquí.
MERCE. ¡Ay, Salazar!
SALA. ¿Qué te pasa, criatura?
MERCE. ¡Has tocao, Salazar!
SALA. ¡No he tocao, Merceítas!
MERCE. ¿Palabra?
SALA. Palabra. Son simpatías eléctricas. Nos vamos a llevá como dos imanes.
MERCE. Mejó. Pero si me piensas pedí la conversación, na de relaciones largas, que se sufre mucho y se adergaza demasiao. Mariquita Arjona, en quince días de noviazgo se quedó como una boquiya de ámbar.
SALA. Con caió lo tomaron.
MERCE. Era en verano.
SALA. Entonces no hubo más remedio que tomarlo así.
MERCE. ¿Tú sabes que mi casa tiene una reja?
SALA. Como toas las casas que están bien hechas.
MERCE. ¡Y que a mí, después de cená, m'aprovecha un ratito al asomo!
SALA. Como a to el mundo. Eso es muy sano.
MERCE. Pues si arguna noche da la casualidá de que pasas por allí y no tienes prisa...
SALA. ¿Prisa? Me voy a llevá una manta pa el relente de la madrugá...
MERCE. *(Escapando.)* ¡Jesús! *(Volviéndose en la puer-*

ta.) Salazar... Los ojos del hombre buscan...
SALA. Los ojos de la mujé.
MERCE. Cuando los ojos se encuentran...
SALA. } *(A tiempo.)* Nace la luz del queré.
MERCE. }
SALA. Y firmao en la parroquia: Manué Salazar.
MERCE. Pues firmao: Mercedes García. ¡Abur! *(Mutis.)*
SALA. Abur, tiesto de claveles y jaula de ruiseñores. ¡Es preciosa!... Bueno: está bien para un hombre como yo.

ESCENA II

Salazar; Palomares.

PALO. ¿Qué haces ahí plantao?
SALA. Cavilando en asuntos de familia.
PALO. ¿De familia?
SALA. ¿A ver qué es si no? Pa el año próximo, un chico; a dos años, dos chicos; a tres años, tres... y así sucesivamente hasta que la Azucarera no tenga empleaos más que a Salasares y Garcías.
PALO. ¿Doscientos y pico?...
SALA. Dame tiempo, que lo demás es cosa mía.
PALO. Déjate de fantasías.
SALA. Pues a la formaliá. Hay que subirme el suerdo.
PALO. ¡Pero si no ganas ni el que cobras, ladrón!
SALA. ¿Y qué tié que ver lo que se gana con lo que se cobra, hombre? ¡Tú te vas en seguida de las cuestiones! Tenéis que pagar más porque me caso.
PALO. ¿Que te casas?
SALA. Eso. ¿Soy algún lisiao pa no poderme casá?
PALO. No digo tal cosa.
SALA. Entonces hay que subí el suerdo. ¿Ves cómo tengo razón? *(Mutis.)*

ESCENA III

Palomares; Doña Cabeza, de las oficinas.

CABE. Palomares...
PALO. Servior.
CABE. Aquí nadie hace caso de lo que se manda. Ni ellos obedecen ni tú vigilas.
PALO. ¡Vaya si vigilo!
CABE. No es verdad. Si lo fuera no tendría yo muchas veces que volver la cabeza avergonzada. ¿Tú no ves las parejitas cuchicheando por los rincones?
PALO. No, señora...
CABE. ¡Palomares, no mientas!
PALO. Bueno, tiene su explicación... y es que yo, desde anochecido, sargo con la cabeza vuerta ya.
CABE. Pues se acabaron las parejitas. Toma eso.
PALO. "Aviso. La más leve infracción del reglamento será castigada con la cesantía."
CABE. Fíjalo en las puertas de los talleres; y a ver quién se atreve ahora a reincidir.
PALO. Cuarquiera, señora. Mucho es el estar en su fábrica de usted, pero también era algo el estar en el paraíso terrenal, ¡y ya ve usté el caso que hicieron Adán y Eva del reglamento aquél!
CABE. Tú coloca el aviso.
PALO. En lo de obedecer ya no hay cuestión..., pero deme usté su licencia pa decirle que va usté contrapelo de la naturaleza. Aquí junta usté doscientos hombres y como si juntara doscientos borregos, de resinaos y de obedientes, pero mete usté una mujé—aunque sea fea, que a buen hambre no hay pelo corto que les varga—y ha metio usté er arboroto en el cotarro.
CABE. Porque sois unos groseros que no sabéis vivir entre mujeres.
PALO. ¿Que no sabemos? ¡Pues si la especialiá nuestra es viví con las mujeres!
CABE. Pero no socialmente.

PALO. De toas maneras... y de toas les gusta a ellas muchísimo.

CABE. Eso creerás tú.

PALO. Yo y otros. Y otros y yo tenemos nuestras razones pa decirlo.

CABE. Pues no merecéis a ninguna. La peor vale cien veces más que el mejor de vosotros.

PALO. Eso. A los hombre que nos "pa" un "ra".

CABE. ¿Qué?

PALO. Iniciales de palabritas. La S. A. del M..., Sociedad Azucarera del Milagro... la T. S. H...., Telegrafía sin hilos, y como eso ahora es moda, a mí m'ha hecho tilín y hablo a la moda. A los hombres que nos "pa" un "ra"... que nos parta un rayo.

CABE. Es lo único que merecéis.

PALO. Lo que yo digo es que se pierde el tiempo con esas pamplinas y que no hay pena bastante para conseguí que dejen de ajuntarse.

CABE. Pues quien sea, despedido.

PALO. Eso será según y cómo; porque cuando quise despedí a la Curriya, porque la piyé robando aceite—y es argo más feo el robar, eh...—usté me largó unos versitos que no se m'han olvidao:

Cuando quieras despedí
del trabajo a una mujé,
me lo consultas a mí,
porque luego yo veré
si despido a la mujé
o si te despido a ti.

CABE. Una improvisación. Pero ya ni la recordaba. Improviso tanto que no le doy importancia ninguna.

PALO. Ni yo.

CABE. Y en el asunto principal, avisados estáis, y el que se propase ya sabe que se juega el destino.

PALO. Lo naturá, también. Desde el primer hombre, que se jugó la feliciá por almorzar un día con

Eva, está de Dió que los hombres se lo jueguen siempre to por las mujeres.

CABE. Vosotros veréis. Y coloca el aviso.

PALO. Se colocará. Pero es p. m..., papé mojao, doña Cabeza.

CABE. Pues si tú no sirves para imponerte, me encargo yo misma de eso desde hoy. ¡Y ahora van a ver los obreros lo que es una mujer! *(Mutis por foro.)*

ESCENA IV

Palomares; luego, *Antonino,* por foro.

PALO. Si no han visto ya otras, se van a formá una idea algo confusa los compañeros. *(A Antonino, que entra.)* Otra salía por peteneras.

ANTO. *(Después de leer el aviso.)* Manías... y no darse cuenta bien de la responsabilidad que trae el mandar.

PALO. ¡Buen camino llevan de separarse de las mocitas! Salazar pide ahora que le suban er suerdo porque se casa.

ANTO. Es una razón.

PALO. Pa él. A la fábrica le tiene sin cuidao.

ANTO. Pues no debía tenérselo, que todo el que viene a su trabajo con la preocupación de las miserias que dejó en su casa, por fuerza ha de ser un mal empleado.

PALO. ¡Pues así fué toda la vida!

ANTO. Motivo mayor para que alguna vez deje de serlo, incluso por egoísmo, que el trabajar en buenas condiciones de salud y de espíritu supone mayor rendimiento útil y, por consecuencia, más negocio. En una palabra, y dicho crudamente: a la fábrica le importa la salud del obrero, no por la salud del obrero, sino por el negocio de la fábrica. Hasta por eso conviene tratarlos bien.

PALO. No es ésta la única fábrica en donde se reúnen hombres y mujeres, ya lo sé, que hay muchas;

pero antes iban muy modestitas, y ahora, con lo moderno, to se güerven flores en el pelo, labios pintaos, brazos desnúos, escotes de ¡asómese usté, caballero!, ¡y así no hay quien trabaje, don Antonino!

ANTO. Por lo menos, en lo que se iba a trabajar...

PALO. Por muy hombre formal que uno sea, va usté a un mandao... y se encuentra con una mocita de veinte abriles que s'ha sentao a escribí con las piernas cruzás y las fardas... hacia los aroplanos... ¡Es muy arto eso, don Antonino, y a mí se me orvían los recaos!

ANTO. A cualquiera.

PALO. Esto es ya la per del ge hum.

ANTO. ¿Eh?

PALO. La perdición del género humano.

ANTO. Sí.

PALO. Y yo me ve te. ¡Me vuelvo tarumba!

ANTO. Perfectamente. Te ve te... Te vuelves tarumba, y te pe eme... Te puedes marchar, para no volvérmelo yo también.

PALO. Pues con su permiso. *(Mutis.)*

ESCENA V

Antonino y *Carlota.*

CARLO. Anoche miramos los proyectos de reformas y están muy bien... pero nada de fuentecitas en los patios y macizos de césped a lo largo de las tapias

ANTO. Era embellecerlo un poco...

CARLO. Indiscutiblemente, y por mi gusto personal aún añadiría flores a los macizos y peces al estanque..., pero como ingeniero lo arraso todo buscando mayor espacio.

ANTO. Y así lo encuentra, no cabe duda.

CARLO. Con el dinero ajeno ni usted ni yo estamos autorizados para unas sensibilidades excesivas.

ANTO. En la vida no se reduce todo al céntimo.

CARLO. En la vida, no; en los negocios, sí, y una fábri-

ca, por mucho que usted la idealice, no es más que eso: un negocio.

ANTO. Yo seguiré creyendo que el idealizar un poco los negocios es negocio también.

CARLO. Pocas veces...

ANTO. Basta con que en ésta no lo sea. ¿Y de la modificación de nuestro reglamento?

CARLO. De eso, ni hablar; al contrario, cada día más persuadidas de que sólo con muchísima severidad se puede sostener el orden entre el personal.

ANTO. No creo que influya mucho el pensar en el amor o pensar en las batuecas para ir mondando unas docenas de cañas.

CARLO. En eso no, pero en retozar unos con otros en vez de mondar las cañas, sí. Y en equivocarse en el grado de la alcalinidad, como ayer Lucía, y vernos obligados a tirar todo el jugo de la semana, sí.

ANTO. ¿Qué le pasa a la señora química?

CARLO. Lo que le pase. Pero son muy grandes los intereses que le hemos confiado para que valga como disculpa de tanto perjuicio el tener los nervios excitados.

ANTO. Anda el José Luis al retortero..., y en eso también la pobrecita se juega mucho.

CARLO. Que lo piense a sus horas, no a las horas en que se debe exclusivamente a la fábrica.

ANTO. Con las mujeres, ¡qué crueles son las mujeres!

CARLO. ¿Yo también?

ANTO. Usted también.

CARLO. Pues acabemos de una vez con ese equívoco. Fuera de aquí, admito..., por lo menos comprendo, todas las debilidades sentimentales; pero aquí no hay ni puede haber más que las razones administrativas.

ANTO. Ya es mérito el dejar el corazón a la puerta, como quien deja el gabán o la sombrilla, y luego recogerlo... u olvidarlo, como, a veces, se olvida la sombrilla.

CARLO. Lo que hago, sencillamente, es no exhibirlo con manifiesta inoportunidad.

ANTO. En la categoría femenina de usted eso es muy corriente.

CARLO. ¿En mi categoría?

ANTO. Hay tres. Mujeres con mayúscula, y a ésa pertenecen las que, ante todo y sobre todo, quieren ser mujeres.

CARLO. Muchas.

ANTO. Muchas, afortunadamente. Segunda, las impacientes, las que no se resignan a ser buscadas y se lanzan a las ocupaciones de los hombres para entremezclarse con ellos y darles más pronto la batalla.

CARLO. Sí; pero no a ellos, a la vida.

ANTO. Y luego quedan las de la tercera categoría: las soberbias, las de granito, las que hay que destrozarlas para vencerlas, y aun entonces no se logran enteras, sino así, despedazadas.

CARLO. ¿En qué grupo me clasifica usted?... ¿Mujer con mayúscula?

ANTO. No. Esas son las que prefieren el rumor de una cuna al estruendo de una fábrica.

CARLO. ¿El idilio ya anticuado, con la esposa torpe, ignorante y encerrada? No; no soy de ésas.

ANTO. Cuestión de sombrilla...

CARLO. Eso, en labios de usted, no es una réplica muy aguda. El corazón, como músculo, es una realidad, pero como inspirador de sentimientos no pasa de una fábula bonita... y que ya la van llevando adonde deben ir todas las fábulas.

ANTO. ¿A burlarse de ella?

CARLO. Ni eso. A dejarla arrinconada en el desván de la memoria.

ANTO. ¿Usted no lo ha sentido latir?

CARLO. Siempre. Y el pulso también.

ANTO. ¿Pero más de prisa con alguna emoción?

CARLO. Y con un susto... y con un golpe, con todo lo que por cualquier causa influya en la circulación de la sangre, que el corazón, como lo que

es realmente, una llave de paso, acelera o detiene la corriente.

ANTO. Eso es, sí, señora; pero no la envidio por saberlo.

CARLO. ¿Prefiere usted seguir en el otro concepto?

ANTO. Sin vacilar. No ignoro que los ojos, por ejemplo, se forman de humores, de nervios y de fibras, pero además sé—y usted no, y por eso la compadezco—que no bastan las fibras y los humores cristalinos para formar esa luz que brilla en ellos.

CARLO. *(Sonriendo.)* ¿Una luz? No la he visto.

ANTO. Cuando usted la vea es que habrá empezado a ser mujer con mayúscula.

CARLO. ¿Hasta entonces no?

ANTO. No.

CARLO. Me resignaré... Y mudemos de conversación, porque bordeamos ya el artículo cincuenta y siete.

ANTO. Lo recuerdo perfectamente, y se refiere a los piropos y requiebros..., pero aquí no tiene aplicación.

CARLO. ¿No?

ANTO. No. Falta la mujer a quien decírselos.

CARLO. *(Molestada.)* Exacto. Buenos días, compañero. *(Mutis foro.)*

ANTO. Buenos días.

ESCENA VI

Antonino; Félix por el foro.

FELIX. Esa, de aquí..., cero.

ANTO. Mejor para ella, que así es como se vive tranquilamente.

FELIX. Es una lástima el que una mujer tan inteligente, tan buena y tan guapa no tenga siquiera un adarme de sensibilidad femenil.

ANTO. Otra vez mejor para ella, que el ser algo femenina la estorbaría para su oficio de tirana.

FELIX. Así lo han entendido—ella y mi costilla y otras

como ellas—, y de toda la campaña actual sacaron la sustancia, no del ennoblecimiento de la mujer, que es muy justo y muy legítimo, sino de que se cambiaron las tornas y de que ahora son ellas las que deben mandar.

ANTO. El mundo nuevo...

FELIX. No. La Isla de San Balandrán, la vieja Isla de San Balandrán, aumentada en el tamaño, en la exageración y en el ridículo.

ANTO. Eso es lo deplorable, la exageración. No soy yo de los sospechosos en esa materia, pues mi propia hermana siguió unos estudios y tiene un empleo; pero entre eso y la dejación total de nuestra voluntad en sus manos hay un abismo.

FELIX. ¿Una indirecta?

ANTO. No se lo niego. ¡Es una tristeza que usted no se imponga!

FELIX. Ya lo intenté...

ANTO. No; de veras, no lo intentó usted.

FELIX. ¿Y cómo podrían ser las veras? ¿Le voy a pegar?

ANTO. Claro que no. Pero yo planteaba resueltamente el dilema: ella o yo.

FELIX. A ratos es usted de un candor prehistórico, Antonino. Le importa un bledo el marido, el escándalo y la burla que viene tras ellos... ¿y confía usted en que se va a llevar un susto muy grande cuando le digan: "señora, está aquí un dilema"? ¡No, señor, no! Los dilemas para ella no son más que aperitivos para abrir las discusiones.

ANTO. ¿Y entonces, qué?

FELIX. Pues entonces, el que tiene una mujer así, como el que tiene una pulmonía o una fiebre infecciosa, quedar muy agradecido si aun escapa con vida, que es el máximum a que puede aspirarse en las dolencias mortales.

ANTO. Mi pésame, don Félix.

FELIX. Se lo acepto cordialmente. Claro es que, a pesar de todo, si cayera enferma, aún la cuidaría sin reparar en gastos ni en sacrificios, y si lle-

gaba a salvarse, diría de todo corazón: ¡gracias, Dios mío!

ANTO. Ni dudarlo.

FELIX. Ni dudarlo. Pero si no se salvaba, también diría de todo corazón: ¡gracias, Dios mío!

ANTO. ¡¡Don Félix!!

FELIX. Ya me la imagino en el Paraíso constituyendo una Mutual de Vírgenes o un Sindicato de Serafines para montar una refinería de azúcar celestial.

ANTO. ¡Es muy probable!...

FELIX. Y además no faltaría el consabido reglamento: "entre ángeles azucareros nunca, nunca, nunca..."

ANTO. De seguro. Pero mientras no se lance por allá arriba, tendrá usted que soportarla por aquí abajo.

FELIX. Soportarla, sí. Supongo que eso, al menos, constará en mi hoja de servicios terrenales. *(Mutis por las oficinas.)*

ANTO. Cuente usted con ello.

ESCENA VII

Antonino; Palomares por foro.

PALO. Don Antonino... ¡S'armó joyín en el taller del empaquetao! Andaba la gente soliviantá con el dichoso papelito cuando entró doña Carlota—que hoy ha debío pisá una mala hierba—, y no se le ocurre más sino despedí a tres obreras que estaban discutiendo el condenao aviso!

ANTO. ¡Tenía que venir esto!...

PALO. Otra empaquetaora sarta y dice: "pues si estas salen, toas salimos." Y doña Carlota——¡la mala hierba qu'ha pisao!—dice na más: "pues toas".

ANTO. ¡Lo arregló!

PALO. Las de refinería hicieron causa inmediatamente con las otras, y ahora fueron todas a pedí a los obreros que se vayan también con ellas, y

los hombres, que no quieren otra cosa que irse con las mujeres..., ¡pues se irán de fijo!

ANTO. Vamos a templar esa gaita.

PALO. Venga, que usted es el único a quien respetan. *(Mutis los dos por foro.)*

ESCENA VIII

Carlota y *Cabeza*, por foro.

CABE. *(Viéndoles salir.)* Ya le trajeron el cuento.

CARLO. No tiene nada de particular. Lo que deploro es que una orden mía haya servido de pretexto para amotinarse.

CABE. No hay por qué deplorarlo, que tu obligación era hacer lo que has hecho.

CARLO. Eso, sí.

CABE. Y, además, no es complicación ninguna. El que no esté conforme, se marcha..., y sobra quien venga.

CARLO. Ya lo creo.

CABE. Lo esencial es que no haya una tibieza en nosotras para mantener la autoridad. Y no creas tampoco que me desagrada el que se presente una ocasión de mostrar nuestras propias energías.

CARLO. Mejor hubiera sido no necesitarlo.

CABE. Mejor, sí, pero ya que el caso vino, mejor también. ¿Ceder a un ruego? Eso, sí; eso, sí; eso, sí...; ¿pero ceder a una imposición? Eso, no; eso, no; eso, no. ¿Perdonarles si lo imploran humildemente? Eso, sí; eso, sí; eso, sí. ¿Tratar de poder a poder los empleados y el dueño? Eso, no; eso, no; eso, no. ¡Jamás, jamás, jamás!

CARLO. Ya te conocen y transigirán ellos.

CABE. A la fuerza. Hay que ser enérgicas, Carlota.

CARLO. Por desgracia...

ESCENA IX

Dichas, y *Jarina* por foro.

JARI. *(Humildemente vestida, pero apañadita. Besándoles las manos.)* ¡Doña Cabeza de mi alma! ¡Sita Cal-lota!

CARLO. Hola, Jarina.

CABE. ¿Ya estás tú por aquí?

JARI. Como toos los años. ¡Hay que ver lo apañaítos que salimos pa el invierno! El pasao, ciento cinco duros entre mi Danié y una serviora, y hogaño, otro tanto pensamo ahorrá. Digo, si es que nos dejan desayuná y cená con jugo.

CARLO. Sí, mujer.

JARI. La Virgen se lo pague. Si toas las mujeres fuéramos de listas y de sabias como usted y como doña Cabeza, otro gayo nos cantara.

CABE. Es cuestión de instruirse nada más, que cerebralmente no hay diferencia ninguna.

JARI. ¡Qué ha de haber! Más vivas somos que ellos..., pero más burras. Si no fuera porque a veces, de puro melosos que se ponen, hay que quererlos a la fuerza, era cosa de hacerlos mijillas a toos, desde er primero hasta er último. De mocitos aún nos parecen azúcar de la fina, pero luego nos salen arena de fregá.

CABE. Algunos ni eso.

JARI. Y a propósito d'arena. ¿Sigue Palomares de listero?

CARLO. Sigue.

JARI. Pues el Señó me lo perdone, ¡pero èl día que lo despidan ustés le enciendo una vela a San Juas!

CARLO. ¿Te ha faltado alguna vez?

JARI. No, señora, no. En ese terreno es muy decente, y es de los hombres que hacen ahora lo que hacíamos antes las mujeres: bajá los ojos cuando miran un poquiyo fijos.

CARLO. ¿Y entonces?

JARI. ¡Es que no deja ni respirá con las dichosas murtas!

CABE. Su obligación.

JARI. No, señora; que entre marido y mujé, como somos Danié y yo, no se le yama requiebro a una palabriya... ni a dos tampoco.

CABE. Pero hay que evitar el mal ejemplo.

JARI. Ahí está la madre del cordero. Mi Danié, que es un peazo de pan...

CABE. ¿De pan?

JARI. Sí, señora. El que yo sea su mujé no quita pa comprender que es un buen hombre y me quiere de verdá, pero desde que entramos en la Azucarera, me juye como de la peste.

CARLO. No es para tanto.

JARI. Pues así lo ha tomao. Na, que m'arrimo a su vera ¡y ya está sudando! ¡Palomares! ¡Que nos va a pillá Palomares! Y a mí ya me dan ganas de contestarle: ¡Pue si lo ve Palomares, que s'apunte siete! Pero mi hombre le tié miedo a las murtas, ¡y no da ocasión nunca pa que s'apunte los siete Palomares!

CABE. Hace perfectamente el marido en no arrimarse.

JARI. ¿Perfectamente? Será que piensa usté en don Félix...

CABE. En todos.

CARLO. ¿Tú en qué monda estás?

JARI. En la de Juaniyo Calahorra. ¡Josú y qué joyín de risas y de cantares esta mañana, cuando empezamos a cortar cañas! ¡Una bendición aquello!

CARLO. Más vale que haya alegría en el trabajo.

JARI. Pues por ahí viene encajá la petición que traigo. Yo tengo mi faena de día en er campo y mi Danié trabaja de noche en eso de la luz, y como la luz no cambia de turno, resulta que...

CABE. *(Severa.)* ¿Qué resulta?

JARI. Er caso es que me da reparo..., porque al fin una es mujé y tiene su mijilla de vergüenza, aunque no se trate de ningún pecao.

CARLO. *(Afectuosa.)* Anda, habla, que ya te comprenderemos sin muchas claridades.

JARI. Pues resurta que como yo trabajo de día y él trabaja de noche, cuando llego a casa él ya ha salío pa la fábrica, y cuando él llega por la mañana, ya he salío yo pa el campo... ¡y naturá!, se pasan las semanas que ni de refilón nos vemos.

CABE. Os veis los domingos.

JARI. Tardan mucho este año los domingos, doña Cabeza.

CABE. ¡Jarina!

CARLO. ¿Qué lleváis de casados?

JARI. El año aún no...—un soplito entoavía, doña Cal-lota...—, y cuando salimos de casa el Danié y yo, a falta de mejó, nos dejamos un beso en la esquina de la armohada...

CABE. Simplezas...

JARI. Pué ser..., pero que llegan, sita Cal-lota, ¡qué llegan!

CARLO. ¿Y qué queréis?

JARI. A ver si colocan al Danié en otra cosiya que trabaje alternao pa coincidí íos dos arguna vez en el nido.

CABE. ¿Y eres tú de las que piensan emanciparse?

JARI. ¿Manciparse qué es? ¿Como separarse? Pues no, señora; al revés: lo que yo quiero con mi Danié es contramanciparnos bien los dos. Y hay que hacerse cargo de que hemos venío ar mundo a fabricar azúcar, pero también hemos venío a fabricá quien se la coma.

CABE. ¡Jarina, te prohibo esas expresiones!

JARI. *(Soberbia.)* De marío y de mujé hablo, ¡eh! No hablo de na malo, doña Cabeza.

CABE. ¡Sólo faltaría!

JARI. Y lo que pido en totá es la paz de mi casa, que no es lo peor que en tanto tiempo no se encuentre conmigo, sino que no se encuentre conmigo y haga el diablo que se encuentre con otra.

CARLO. Tienes razón...

JARI. ¿Y qué le digo yo a mi Danié?

CABE. Que por ahora no es posible.
CARLO. Que por ahora no es posible, pero que yo me encargo de buscar las combinaciones, y si a la tía le parecen bien, se arreglará muy pronto lo vuestro.
JARI. Usted va al cielo, sita Cal-lota..., y usted también, doña Cabeza, sólo que a usted tendrán que llevarla de la mano, porque si no tardará usted una miaja má en subir.
CARLO. Vete ya.
JARI. Una serviora, que la mandan roar y ruea.
CARLO. Gracias.
JARI. Y lo que venga ya saben ustés que comprará el azúcar aquí.
CARLO. *(Riendo.)* Gracias.
JARI. Buenos días. *(Mutis.)*

ESCENA X

Carlota y *Cabeza.*

CABE. Mira lo que hace la ignorancia. ¡Esta mujer aferrada a vivir con su marido!
CARLO. ¿Y eso es ignorancia, tía?
CABE. ¡Claro! Si ella supiera que vale más que él, se dejaría buscar alguna vez, por hacerle ese favor, ¿pero buscarle ella? ¡Jamás, jamás, jamás!
CARLO. *(No muy convencida.)* Puede que estés en lo cierto...
CABE. No te quepa duda. Pero todavía hay que pelear mucho para que desechen esa idea anticuada de que la felicidad consiste en un marido. Menos mal que solamente es idea de solteras; a las casadas, ya las convence el marido mismo de que no hay tal felicidad.
CABE. Alguno habrá...
CABE. Ninguno, ninguno, ninguno. Y si quieres escarmentar con tu propia experiencia, cásate, cásate.

CARLO. No tengo prisa... *(Mutis las dos por las oficinas.)*

ESCENA XI

José Luis, por foro; *Lucía,* del laboratorio.

JOSE. *(Llamándola.)* Señora química... ¡Señora química!

LUCIA. *(Saliendo.)* No me busque usted aquí, José Luis.

JOSE. Ahora no había más remedio, porque se trata de un asunto profesional.

LUCIA. ¿De la fábrica?

JOSE. Sí, señora. De mi fábrica de ilusiones y de esperanzas, y vengo a que tenga usté la bondad —cobrando lo que sea—de analizarme un sentimiento, que me ha salido superior, y del que yo quiero sacar patente en seguidita.

LUCIA. ¡Bien! De este análisis me va a salir a mí un disgusto.

JOSE. O un marido.

LUCIA. A ver qué será peor...

JOSE. *(Cogiéndola de un brazo.)* ¡Así me gustan a mí las mujercitas!

LUCIA. ¡Ay, no, que puede venir alguien!

JOSE. Si no fuera porque pueden venir, ¿se estaba usté quietecita?

LUCIA. Tampoco. Quise decir...

JOSE. Calle usté, tonta, que le había salido muy bonito y lo va usté a echar a perder.

LUCIA. Para lo que vale...

JOSE. Más que todo. El cañaveral en sus cañas y las abejas en sus panales se han fastidiado este año, que no supieron hacer nada tan dulce como las palabriyas de usté.

LUCIA. Si fuera verdad, las echaba en la refinería, ¡y el gran negocio!

JOSE. No sería de los malos. Y ahora una cosa: ¡me gusta usté mucho! Puede que se haya entera-

do usté ya porque vengo diciéndoselo todos los días hace cuatro meses...

LUCIA. Cuatro y medio. Desde que entré en la fábrica.

JOSE. Más a su favor.

LUCIA. Podré no creerlo, pero no saberlo...

JOSE. Y siempre me habrá usté oído igual.

LUCIA. Siempre. Las palabras de usted son de serie, como los autos.

JOSE. Pues ahí va un modelo nuevo. Y yo, ¿le desagrado a usté?

LUCIA Antipático no es...

JOSE. ¡Ole! Llevo una. Y simpático... ¿algo?

LUCIA. Algo, sí, señor.

JOSE. ¡Llevo dos! ¡Me ha salido bueno el motor!

LUCIA. Pero, además, yo siempre le estaré agradecida por la bondad con que me trató el primer día de mi estancia en la Azucarera, cuando el laboratorio, la fábrica y el mundo se me venían encima de mis pobres hombros.

JOSE. Es que debió ser un cambio muy brusco.

LUCIA. Un cambio aún no lo expresa bien. Fué como si me trasplantaran de una vida a otra. La mujer que había en mí, tan medrosa, tan tímida, tan femenina..., se encontró de pronto en un ambiente de pelea y de egoísmo feroz, en donde los suspiros no se admiten, los desfallecimientos se ridiculizan y las lágrimas son cursis. Era yo, en fin, una mujer a quien le decían cruelmente que ya no se estilaban ahora las cualidades y delicadezas que siempre fueron gala de mujeres.

JOSE Pues le mintieron, que aún se aprecian.

LUCIA Y como mis ideas no me servían, empecé a cortarme las ideas al mismo tiempo que me cortaba el pelo y las ropas. En el afán hombruno de la igualdad, me puse a tono en el espíritu para no parecer mujer por mis debilidades trasnochadas..., y me puse a régimen, para ver si lograba no ser tampoco mujer físicamente.

JOSE. ¿Y eso les satisface a ustedes?

LUCIA. Dicen que sí...

JOSE. Pues a mí, no. Para percheros, ya tengo bastantes con los que he mercado en la tienda, y solamente para colgar la ropa, no me llevo yo a casa a una mujer. Me sale más barata la otra percha.

LUCIA Un poco más. ¿No quiere usted los tipos nuevos?

JOSE Lo que no quiero son huesos. En casa se los doy al perro, y no me los voy a traer de la calle para mí.

LUCIA. Es lo que priva...

JOSE. Será; pero yo estoy a la antigua, y a las mujeres me gusta distinguirlas a simple vista, que no es cosa de andar preguntando a los capataces: "Oye, tú; aquello tan liso que hay allí, ¿es mi mujer o es el señor delineante de Obras públicas?"

LUCIA. Usted sabrá cómo le gustan...

JOSE. Como usté, ni más ni menos, y, en caso de duda, un poquiyo más acentuadas hacia donde el acento caiga bien. Eso, por fuera. Y por dentro, igual que fuera: muy mujer para su casa y muy mujer para su marido.

LUCIA. Así era en otros tiempos...

JOSE. Ustedes tienen ahora muchas soluciones, pero son de mentirijilla todas ellas, que la solución natural para la mujer no es más que una: tropezarse con un hombre honrado y trabajador.

LUCIA. Tal vez...

JOSE. *(Abrazándola delicadamente.)* ¿Usté cómo piensa en el asuntiyo éste?

LUCIA. Igual, y así se lo pido a mi buena suerte.

JOSE. Pues la suerte me encargó a mí que le trajera a usté el recadito. ¿Qué le respondemos, Luciica?...

LUCIA. Que... *(Se aparta bruscamente.)*

ESCENA XII

Dichos y *Carlota.*

JOSE. *(Disculpándose.)* Mire usté, doña Carlota...
CARLO. Demasiado he visto.
JOSE. La culpa es mía solamente, porque...
CARLO. Por lo que sea. No tiene usted que explicarme nada.
JOSE. Bueno... Pues usté perdone. *(Mutis.)*

ESCENA XIII

Carlota y *Lucía.*

CARLO. Lo más sencillo será que usted misma renuncie a su puesto.
LUCIA. ¡Carlota!
CARLO. Si tolerase en usted lo que en otras más humildes he castigado severamente, ni a mis propios ojos conservaría autoridad.
LUCIA. *(Suplicando.)* ¡Carlota...!
CARLO. Bastante hice con prevenirla, con llamarle la atención por sus repetidos descuidos en el laboratorio, que han costado unos miles de pesetas.
LUCIA. Es verdad, y le quedo muy reconocida; pero ahora...
CARLO. Ahora, ya no.
LUCIA. Usted es una mujer... ¡Usted se dará cuenta de que, a veces, una palabra nos coge a traición y ya no tenemos fuerza de ánimo para dejar de escucharla!
CARLO. La falta no consiste en haberse deslumbrado momentáneamente, sino en dar ocasión, por su propia voluntad, a que esa palabra y otras muchas se las fueran diciendo a todas horas.
LUCIA. Entonces... ¿no? ¡A lo que hemos llegado con tantos triunfos! ¡Cuantos más caminos y cuántos más horizontes, más causas de sufrimientos y de humillaciones! ¡Pobres mujeres, que ya ni

las mujeres las disculpan en lo que siempre ha sido el imperio mayor de la mujer!

CARLO. Para continuar dominadas por un hombre, no valdría la pena de haber luchado ¡y de haber vencido!

LUCIA. ¡Pero hay un engaño horrible en la victoria nuestra! A mí, y a todas, nos dicen: "Estudia, aprueba una carrera, gánate un puesto, ¡y ya eres libre! ¡Ya no dependes de nadie!"

CARLO. Y así es.

LUCIA. ¡Mentira! Así no es. Yo estudié, y tuve la colocación deseada..., y no tuve la libertad que me prometían. Desde el primer minuto, desde que entré por esa puerta, me advirtieron los directores y los reglamentos: "Lucía, ya no eres tuya, sino de la fábrica y de la obligación; ya no mandas en ti, sino que te mandamos nosotros, y ahí dentro queda prisionera tu juventud, entre los hornillos que destilarán los ácidos de sus gases... y los ácidos también de tu propio corazón."

CARLO. Eso es sencillamente que no tiene usted entusiasmo por su carrera.

LUCIA. No, señora; tuve privaciones nada más. ¡Sin ellas no se me habría ocurrido nunca que la felicidad pudiera encontrarse en la atmósfera viciada, sucia y triste de una oficina!

CARLO. Para usted no se han hecho las conquistas modernas.

LUCIA. ¡Ni para mujer ninguna! Van muy contentas las que de lo nuevo han tomado la despreocupación y la licencia, sin verse obligadas a tomar los afanes del trabajo diario... ¡Esas sí que cantan alabanzas a lo nuevo y sí que celebran a todas horas la igualdad de divertirse sin pasar nunca por la igualdad de sacrificarse! Esas, sí... ¡y motivos tienen! Pero las demás, unas, como yo, se desconsuelan francamente, y otras, como usted, se acorazan en la soberbia para no confesar a nadie su derrota.

CARLO. Yo no me considero derrotada.

LUCIA. La felicito.
CARLO. Pero usted confunde voluntariamente mis sentimientos personales con mis obligaciones de directora, lo que es lamentable, porque yo le deseo a usted muy de veras...
LUCIA. ¡No, no! No me desee usted nada más, que por hoy ya voy servida con echarme usted a la calle.
CARLO. Como usted guste. Buenos días, Lucía.
LUCIA. Buenos días, Carlota. *(Mutis.)*

ESCENA XIV

Carlota; Antonino, por foro.

ANTO. La buscaba a usted para suplicarle que no insista en la orden contra esas obreras, pues sólo así podrá evitarse un conflicto muy grave.
CARLO. Ya lo veremos..., que todos son a mandar, y es preciso que se convenzan de que alguno tiene que obedecer. Y el que no, que se atenga a las consecuencias, como ésas del empaquetado y como ésa del laboratorio.
ANTO. ¿Despidió usted a Lucía?
CARLO. La encontré con José Luis.
ANTO. ¿Qué más?
CARLO. ¿No basta?
ANTO. ¿Qué más, Carlota, qué más? Porque hacerle perder el pan a una mujer por el solo crimen de escuchar a un hombre...
CARLO. Abrazada.
ANTO. Así es como escuchan las mujeres.
CARLO. Sería en otros tiempos.
ANTO. Dígame que hay alguna razón más. ¡Dígamelo, Carlota! Que solamente por esa pequeñísima falta es tan cruel y tan mezquino, que no lo pudo hacer usted..., o es usted la cruel en este caso.
CARLO. Es posible; pero yo no le he pedido su opinión, ni tiene usted por qué dármela sin pedírsela.
ANTO. Si esto no afectara más que a usted y a mí, des-

de luego me habría extralimitado; pero yo no hablo más que atendiendo a los intereses de la fábrica.

CARLO. *(Burlona.)* Me equivoqué...

ANTO. Sí, señora. Y, ya que no quieren ser indulgentes, tengan, al menos, buen criterio y cierren las puertas a los hombres o a las mujeres, que juntarlos para su labor y pretender que después no se junten ellos para sus cariños es un solemne disparate.

CARLO. Pues aquí lo conseguiremos.

ANTO. Formarán otra clase de hombres...

CARLO. De hombres, allá ustedes; de mujeres, sí. Ya hemos empezado a formarlas muy distintas.

ANTO. Lo dudo.

CARLO. Dúdelo usted.

ANTO. Mármol..., mármol..., o afán de aparentarlo.

CARLO. Lo que sea, que no es urgente esa averiguación. Lo único que ahora nos importa es que todos, ¿comprende usted?, todos, aprendan de una vez que aquí no hay más obligación que la del trabajo, ni más razones que las del respeto a la autoridad de cada cual.

ANTO. A ellas nos atendremos exclusivamente.

CARLO. Será el modo de ir siempre en buena armonía.

ANTO. Pues voy a comprobarlo ahora mismo, que a veces entendemos mejor las obligaciones de los otros que las nuestras.

CARLO. Compruébelo...

ANTO. ¿Revoca usted la orden de expulsión de esas obreras?

CARLO. No.

ANTO. Perfectamente. Depende de usted el personal de los talleres, y usted acuerda lo que le parece.

CARLO. Eso hice.

ANTO. En cambio, le ruego muy encarecidamente que revoque la otra orden...

CARLO. Lo siento mucho.

ANTO. Tenga usted compasión de esa pobre Lucía...

CARLO. Le agradeceré a usted que no me obligue a la violencia de nuevas negativas.
ANTO. ¡¡Mármol!!
CARLO. Pues bien, sí: mármol.
ANTO. Y yo cincel y martillo: o labro esa piedra o la rompo.
CARLO. Si puede y le dejan.
ANTO. ¡Pues empecemos con los martillazos!
CARLO. *(Desafiando.)* Cuando usted quiera.
ANTO. Ahora.
CARLO. Pues ahora.
ANTO. La señorita ésa del laboratorio seguirá en su mismo puesto.
CARLO. ¿Lucía?
ANTO. Creo que se llama Lucía, sí.
CARLO. No seguirá. Me opongo yo resueltamente.
ANTO. ¿Y quién le pregunta a usted si accede o se opone? Eso era antes, cuando se apelaba a la indulgencia.
CARLO. ¡Y ahora!
ANTO. Ahora me basta con ejercer mi autoridad. Según los estatutos, el laboratorio es una dependencia de la Central, y no puede admitirse ni separarse ningún empleado técnico de esas dos secciones sin mi previo informe.
CARLO. Pues usted lo dará.
ANTO. Sí, pero favorable. Y si la despiden a pesar de eso, aún será más ventajoso para ella, porque le pagarán ustedes una buena indemnización.
CARLO. ¿Quiere usted jugar al más fuerte?
ANTO. Exactamente.
CARLO. Pues a mi vez le digo: cuidado, señor ingeniero, que si no puedo remover libremente a ese personal, puedo, en cambio, separar al ingeniero.
ANTO. Otro leve error de usted. Tengo contrato firmado por tres años.
CARLO. *(Violenta.)* Lo sé.
ANTO. Entonces, quiere decirse que de aquí a dos años y medio hablaremos nuevamente de mi separación.

CARLO. Si a usted le agrada el permanecer en donde le consta que no es deseado ni estimado...

ANTO. *(Sonriendo.)* No se moleste usted en seguir por ese camino de las mortificaciones, que a mí no me alcanzan, porque yo no he dado importancia jamás a las palabras de quien las pronuncia a sabiendas de que no se le pueden contestar. Cuando a mí me insulte una señora, primero tengo la conciencia de no haberlo merecido, y después, dígame lo que me diga, tendré el buen sentido de no ver nunca el insulto: veré la señora, nada más.

CARLO. ¿Entonces...?

ANTO. Entonces, Lucía se queda. Es lo más barato para la fábrica.

CARLO. ¿Por qué trata usted de humillarme, imponiéndome la presencia de esa mujer?

ANTO. Por eso, porque es mujer; y por eso, porque usted no quiere serlo ni con ella ni con nadie.

CARLO. ¿Y si yo le suplicara que no se pusiera frente a mí en una cuestión que a usted no le interesa directamente y que a mí me mortifica?

ANTO. Lo deploraría muchísimo..., y además me quedaba sin comprenderlo. Yo sé muy bien aquí dónde funcionan las máquinas y adónde hay que ir para hacer los encargos; pero las súplicas, los ruegos y las consideraciones sentimentales, no, no sé dónde se pueden colocar.

CARLO. Basta ya. Puesto que usted lo impone, se quedará esa señorita.

ANTO. Muy bien.

CARLO. ¡Me venció usted!

ANTO. Usted lo quiso...

CARLO. Gana usted hoy...; pero aun veremos quién gana al final.

ANTO. Usted.

CARLO. Quizá...

ANTO. Sin el quizá: seguramente... y tristemente. Yo me explico bien que ustedes quieran disputar palmo a palmo los puestos, las preeminencias y los honores que hasta hoy eran exclusiva-

mente—e injustamente—para los hombres nada más... ¿Pero quitarnos también la obligación odiosa de imponer correcciones y castigos, es decir, todo lo que hace ingrato y aborrecible el noble oficio de mandar? No, no me lo explico. Antes éramos los hombres los que nos veíamos forzados a intervenir personalmente en todos los asuntos enojosos, a emplear la fuerza, a retorcernos muchas veces el corazón para castigar o para no indultar de alguna pena terrible, a ser jueces y, cuando fué preciso, ser verdugos... ¿Pero ahora quieren ustedes también todo eso? ¡Pues llévenselo, llévenselo! Por mi parte, se lo cedo en absoluto, y puede usted, con entera libertad, despedir a quien se le antoje.

CARLO. ¿Su autoridad ya no padece ..?

ANTO. No me preocupaba gran cosa en esta pelea tan baladí; pero, de todos modos, ya quedó a salvo, porque me impuse y ya no la puede mermar nadie en otra ocasión, porque me retiro desde ahora.

CARLO. ¿Cómo?

ANTO. Que tengo el gusto de presentarle a usted mi dimisión.

CARLO. Pues yo no la acepto.

ANTO. No importa; me marcho lo mismo.

CARLO. No. Hay el contrato.

ANTO. No importa; pagaré la indemnización, y será un gusto más.

CARLO. ¡Señor Vélez!

ANTO. Ni para quedarme ni para marcharme puede usted más que yo.

CARLO. ¿Renuncia usted a romper el mármol...?

ANTO. Tampoco; queda bien roto ya.

CARLO. Es usted muy altivo...

ANTO. Lo único que me aproxima a usted.

CARLO. Ni eso.

ANTO. Pues nada. Mejor no cabe.

CARLO. También a usted hay que tratarle a martillazos.

ANTO. También. Por lo menos hasta que aparezca

quien traiga el arma eternamente invencible de la tierra.

CARLO. ¿Cuál?

ANTO. Dentro de un cuerpo de mujer, un alma que sea de mujer también... Que ante la mujer ¡mujer!, el hombre ¡hombre! no supo jamás sino rendirse.

CARLO. ¡Ah!... Buenos días, compañero. *(Mutis.)*

ANTO. Ahora, ya no. A los pies de usted, señorita.

TELÓN

ACTO TERCERO

En la tarde del mismo día.

ESCENA I

Palomares y *Salazar,* por foro; luego, *Mercedes.*

PALO. Aguarda aquí *(Llamándola.)* ¡Mercedes!

SALA. *(Sentándose.)* Estas cosas de tanto movimiento no s'han hecho pa mí.

PALO. ¡¡Mercedes!!

SALA. Yo lo prefiero too con carma. Hasta una vez que me iié de trompás con un amigo, que es con los que se pega uno más pronto, me cansé y le dije: "¿Te parece que sigamos pegándonos luego?... Porque ahora estoy fatigado ya, José."

PALO. Ahora y siempre. *(A Mercedes.)* ¿Está doña Cabeza?

MERCE. Está. *(Entra Palomares precipitadamente.)*

SALA. Después de lo que hablamos esta mañana no he podío dormir de la cavilación.

MERCE. *(En la puerta.)* ¿Y cuándo habías de dormir, guasa?

SALA. ¡La siesta, mujé!... ¡Pues no la eché! Tumbarme, sí; pero cerrar los ojos, ¡ni cerrarlos! Con

la esperanciya de que cruzaras tú por delante, me bailaba la imaginación.

MERCE. ¡T'ha dao fuerte, Salazar!

SALA. ¡Carcula!...

MERCE. *(Avisándole para que calle.)* ¡Jesú, y cómo viene doña Cabesa!

ESCENA II

Dichos, Cabeza, Carlota y *Palomares.*

CABE. ¡Granujas! ¡Sinvergüenzas!

PALO. Mire usted, señora, que...

CABE. No tengo que mirar nada, que en mi casa dispongo como me parece.

PALO. Pero en estas circunstancias...

CABE. En todas. ¡Sinvergüenzas! ¡Granujas! ¡Hombres!

CARLO. ¡Tía...!

CABE. No me corrijas. Ya sé que eso es una redundancia. Lo sé, lo sé, lo sé. Como que esto es un pleonasmo. Tampoco lo ignoro; pero da fuerza a la oración gramatical.

CARLO. Sí, mucha; pero, vamos, tía, que nos han dicho...

CABE. No necesitas repetirlo, que estábamos las dos cuando trajo Palomares la noticia, e igual que tú la escuché yo con mis propios oídos. *(Sonriendo.)* Oír con los oídos... Hoy reboso de pleonasmos.

CARLO. Exacto... Pero ahora no conviene desperdiciar los minutos.

CABE. Evidente. Vamos. ¡Pillos! ¡Granujas! ¡Sinvergüenzas! *(Mutis los tres por el foro.)*

ESCENA III

Mercedes y *Salazar.*

MERCE. ¿Qué pasa, tú?

SALA. Pues pasa que dieron las campanás para entrá

en el trabajo de la tarde... y no entró ninguno.

MERCE. ¿La huelga?

SALA. Todavía no; pero raspándola ya.

MERCE. Pues si les dice a ellos lo que va diciendo por aquí..., ¡lo arregla!

SALA. Ni aunque diga el Credo y la Salve, porque lo primerito en que se ponen es que no les da la gana de tratar con ella.

MERCE. ¿No quieren negocios con mujeres?

SALA. Con mujeres, sí, y con hombres, sí. Pero a los que no sean ni hombres ni mujeres no los quieren. ¿Te enteras?

MERCE. Explicándomelo, quizá...

SALA. Pues muy sencillo. Tú eres mujé, y haces las cosas de mujé... ¡Está muy bien! Tú eres mujé y haces cosas de hombre... ¡Está muy mal!

MERCE. ¡Ni que decir!

SALA. Y ésa es la cuestión que yamán feminista. Tú ahora no eres nadie; pero te quemas las pestañas estudiando matemáticas y latines... y esas cosas del estudio, y llegas por tus méritos a ser maestra, profesora... ¡tóo! Tienes suerte, y te hacen reina de cualquier sitio... ¡Está muy bien! Pero te hacen rey... ¡y está muy mal!

MERCE. Porque es salirse de lo nuestro.

SALA. Ahí está el clavo, Merceditas. Cada uno ha de ser de su campo, y al que le apetezca pasá de un campo a otro, s'ha de pasá por completo y no a medias solamente.

MERCE. ¡Claro!

SALA. Y eso es lo que le dicen a doña Cabeza: ¿Usté quiere ser el amo? Pues séalo usté. Pero el amo pa mandá y pa dorse tono, y luego, cuando alguno se desmanda, salir diciendo, por too decir, que es una grosería el tratar así a una señora y que aprendan modales pa dirigirse a una dama...

MERCE. No les iba a arañá...

SALA. Pues hay que arañá cuando llega el caso, porque el amo es... ¡El amo es don Antonino! La persona que, al ver a una mocita de palique con

un mozo, les dice: "Si necesitéis padrino, aquí estoy yo..." Que, cuando un obrero tropieza con una dificultá en su trabajo, s'arremanga y dice: "Pues esto s'hace así...", y lo hace. Que cuando una mujé le llora sus miserias, sabe decir: "pues esto hoy s'arregla así..." y le da un duro: y cuando un valentón se l'encara, como el Juan y medio hará unos días, no s'aflige y le responde: "pues esto también s'arregla así...". y en menos de un minuto le da catorce puñetazos.

MERCE. Una mujé no puede hacer eso, Salazar...

SALA. Ahí está la razón nuestra: si ustedes no podéis hacer algunas cosas no os metáis ustedes en donde esas cosas hacen farta.

MERCE. Si trabajaras como hablas...

SALA. Esa es mi prudencia. Como ya sé que no trabajo bien, trabajo lo menos que puedo pa no perjudicá a la casa donde estoy.

MERCE. Mira cómo resulta que es favó el que seas holgazán.

SALA. Eso creo.

ESCENA IV

Dichos y *Palomares.*

PALO. ¡Ni dejarla que s'arrimara a los talleres! Lo mismo fué verla qu'empezar las voces... ¡y las pedrás, Salazar!

MERCE. ¡Ay, Jesús!

PALO. Afortunadamente se metió por medio como un rayo don Antonino y templaron un poco. Vamos, templá en lo de las piedras, que de lo demás no hay de qué. Ni tratan con ella ni vuelven a sus puestos hasta que haya con quien entenderse formalmente.

MERCE. ¿Y doña Cabeza?

PALO. Doña Cabeza lo primero que hizo fué perder la cabeza—con lo cual no ha perdido gran co-

sa...—; pero se sobrecogió y no pudo soltar ni un "pletonasmo" de esos que ella larga.

SALA. Más vale.

PALO. Como están, si se oyen un insulto, ni don Antonino la sarva. Y el mieo grande mío es pa la noche...

SALA. Con las ganas que tienen de darle un susto, ¡no se les vaya a ocurrir alguna que sea soná!...

PALO. Puede que andemos a dos dedos de que pase algo.

MERCE. ¡Callá!... *(Sepáranse, y después que entraron doña Cabeza y Carlota, mutis lento; Palomares y Salazar por foro y Mercedes por la casa.)*

ESCENA V

Cabeza y Carlota.

CARLO. ¿Quieres que entremos?

CABE. *(Sentándose.)* Un poco al aire ha de probarme bien.

CARLO. Seguramente.

CABE. ¡Pillos! ¡Granujas! ¡Contra dos mujeres indefensas!...

CARLO. No fué gran hazaña...

CABE. ¡Una villanía! ¡Granujas! ¡Sinvergüenzas! ¡Y yo que iba en disposiciones tan conciliadoras!...

CARLO. No mucho...

CABE. Claro que a decirles lo que se merecen, pero al fin, si se humillaban, a tener la generosidad de perdonarles.

CARLO. Pues no se humillaron.

CABE. ¡Granujas! ¡Más que granujas! Pero éste es el último disgusto. ¡Cierro la fábrica!

CARLO. Eso no puede ser, porque no tenéis otra fortuna, y porque ése no es el procedimiento para resolver los conflictos.

CABE. ¿Volver yo ante esa chusma? ¡Jamás! Jamás, jamás, jamás.

CARLO. Algo hay que determinar, que la situación no

es posible prolongarla sin exponerse a enormes perjuicios.

CABE. Pues decidido. Encárgate tú.

CARLO. Yo no sirvo, tía. Lo disimulé más que tú, pero he pasado el mismo miedo, y me bastaron esos instantes de la algarada para convencerme de que todavía no tenemos preparación suficiente para esa clase de peleas.

CABE. La mujer debe valer para todo.

CARLO. Si valiéramos. ¡La ocasión no pudo ser más propicia para haberlo demostrado!

CABE. Porque no te lo propusiste.

CARLO. Y proponiéndomelo igual. Contra el peligro no basta la voluntad. En los hombres mismos han tenido que añadirle la idea del honor, la mano dura de la disciplina, y a veces la punta de las bayonetas o el bastón de los oficiales. Y aun así no los hacen valientes: se conforman con hacer que lo parezcan.

CABE. ¿Y nosotras no podemos ser lo mismo?

CARLO. No estamos ni siquiera iniciadas en la posibilidad de esos riesgos. Cuando pasen años, siglos tal vez, de acostumbrarse a las violencias materiales, quizá entonces adquieran las mujeres una serenidad y un arrojo parecidos; pero, hoy por hoy, todo nuestro valor es cerebral, hecho artificialmente de estudios y de razonamientos... y cuando llega la hora de ponerlo en práctica el cerebro nos dice: "vé adelante, que no tiene por qué ser un hombre más bravo que tú!..."; pero los nervios flaquean, la sangre se paraliza de terror y todo nuestro cuerpo nos dice a voces: "¡no intentes locuras, que todavía eres demasiado mujer para ser hombre!"

CABE. Cualquiera diría que piensas ya en desertar de nuestro bando...

CARLO. ¡Qué desatino! ¡No! Son cosas muy diferentes. ¿Seguir en mi profesión y procurar instruirme cada día más? Como siempre o más que siempre. ¿Pero aceptar un puesto para el que no

tengo condiciones físicas ni energías morales? No; eso, no.

CABE. Pero ¿por qué no las hemos de tener?

CARLO. Esa pregunta quizá sea la respuesta a más de una burla que hacen de nosotras, que no había necesidad ninguna de proclamar que valemos para todo, cuando ya debiera parecernos bastante el que valgamos realmente para mucho.

CABE. Entonces... ¿no aceptas?

CARLO. No, tía, no.

CABE. ¿Sabes de alguna?

CARLO. De alguno...

CABE. ¿Un hombre? ¡Nunca, nunca, nunca! ¡Primero cerrar! Primero, primero, primero. Que un hombre no es nada. Nada, nada, nada. Y con eso está dicho todo. Todo, todo, todo.

CARLO. Uno fué el que nos salvó de la agresión.

CABE. Era su deber.

CARLO. Y el nuestro, siquiera, agradecérselo.

CABE. Indudablemente. Pero de eso a nombrarle...

CARLO. Pues otro.

CABE. A quien le corresponde. A Félix.

CARLO. ¿Félix?...

CABE. ¡Claro!...

CARLO. Aunque tuviera condiciones no tiene prestigio...

CABE. ¿Que no tiene prestigio mi marido?

CARLO. Se lo quitaste tú, lo has anulado tú, y ahora que se precisa un hombre, no es ése el hombre, tía.

CABE. ¿Pero llamar a un extraño?...

CARLO. Es una consecuencia de nuestra conducta con Félix.

CABE. ¡De su debilidad!

CARLO. De las dos cosas, pero las dos traen ésta. Y la traen siempre: quien deshace a los propios, por fuerza se ha de valer después de los extraños.

CABE. ¡Pues a otro no! Es demasiada abdicación.

CARLO. Tú lo decidirás, pero no olvides que es urgente el decidirlo.

ESCENA VI

Dichas y *Félix.*

FELIX. Afortunadamente no fué nada. Me lo contó Palomares.
CARLO. Cualquiera...
CABE. *(Suave ya.)* ¿Supongo que no se te habrá ocurrido el ir adonde están los amotinados?
FELIX. ¿Para qué ya?
CABE. Era un riesgo inútil...
FELIX. En el momento, por impulso y por dignidad, no habría tenido más remedio que acudir a vuestro socorro... y a que me apadrearan también a mí, que probablemente sería lo único que lograse. Pero después de pasado todo no me entusiasmó la idea de ir a que me apedrearan a mí solo.
CARLO. Fué lo más prudente...
CABE. ¿De manera que no pensabas intervenir?...
FELIX. ¿Y en qué intervengo yo? Deseo vivamente que se resuelva cuanto antes..., pero he de aguardar a que lo resuelvan otros.
CABE. ¿Otros?
FELIX. Acostumbrados a no hacerme caso ninguno cuando hay paz, figúrate el caso que harían de mí cuando están en franca rebeldía.
CABE. Cierto. *(Marcha.)*
CARLO. *(Aparte a Cabeza y siguiéndola.)* No es éste el hombre, tía...
CABE. No es el hombre, Carlota...
CARLO. Se deshizo en tus manos y es ya imposible el rehacerlo. ¡Decídete, decídete!... *(Mutis las dos por las oficinas.)*

ESCENA VII

Antonino, por foro, y *Félix.*

ANTO. ¿Qué hace, don Félix?
FELIX. Indeciso entre reírme o darme de cabezadas contra la pared.

ANTO. ¿Y eso?
FELIX. Nada. Acabaré por reírme, que siempre es un disparate menor.
ANTO. ¿Qué le pasa?
FELIX. No lo adivina usted, no. Mi mujer, secundada por Carlota, me insinuó la conveniencia de ponerme al frente de los asuntos de la casa. ¿Es bufo, eh?
ANTO. ¡Qué ha de ser!
FELIX. Bufo, bufo. Primero me quitaron toda la autoridad y toda la fuerza moral que pudiera tener como hombre y como dueño, hasta empequeñecerme, hasta anularme totalmente, y ahora pretenden que me imponga a los levantiscos. ¡Que me devuelvan, si pueden, lo que me quitaron, y entonces yo veré si puedo o no imponerme a los demás!
ANTO. Es mayor la dificultad, sí.
FELIX. El imposible absoluto. Aunque hoy hiciera verdaderas heroicidades, ¡de poco me valdrían si los demás empezaban por no tomarlas ni en serio tan siquiera!
ANTO. Toda conducta se puede rectificar un día.
FELIX. Un día sí, pero en un día no. Por una razón poderosa yo puedo cambiar radicalmente en una hora, en un minuto... ¿pero los demás? Los demás seguirán mucho tiempo creyéndome el mismo que era antes.
ANTO. Es duro remar contra la corriente...
FELIX. Yo ni lo intento. Las circunstancias y mi poco carácter—también confieso lo mío—me trajeron a una situación poco airosa..., ¡digámoslo con gallardía!, me trajeron a una situación ridícula.
ANTO. ¡Eso no!
FELIX. Lo sé, lo sé. Y lo único que ahora me queda es llevar ese ridículo con cierta dignidad... ¡y puesto que ha de venir siempre conmigo, que venga siempre, al menos, muy adentro!
ANTO. ¡No diga usted eso!
FELIX. Y bueno es que yo lo sepa, que en saber las

cosas está el gran secreto, si no de borrarlas, de aliviarlas. Debiendo ser el amo de esta fábrica, no soy nadie en ella, pero como me río cuando me consultan algo, creen que no me importa... y ya no pueden reírse tanto los burlones. Y eso, que parece tan poquito, algo es, algo alivia, Antonino..., y algo soy ya desde que supe al fin que no soy nadie.

ANTO. Para mí siempre mucho.

FELIX. Hablo únicamente para los demás. Y siendo inevitable el que hayan de reírse de nosotros, es ya un consuelo—un consuelo amargo, sí...—pero un consuelo el poder anticiparse a reír uno también.

ANTO. Es usted algo extraño...

FELIX. Como todos. Uno por fuera y otro por dentro. Pero al don Félix que llevo dentro no lo conoce aquí nadie, ni yo siquiera. Guárdame la confidencia.

ANTO. ¡Don Félix!...

FELIX. No lo olvides... *(Accionando.)* Y por si acaso hazte un nudo en el pañuelo.

ANTO. *(Realmente apesadumbrado.)* Le ruego a usted que prescinda ahora de esos ademanes...

FELIX. Es que he sentido que alguien se aproxima.

ANTO. ¡Qué importa!

FELIX. ¡No quiero que me compadezcan! *(Riendo.)* Que no hay por qué tampoco. Ya te dije que acabaría riéndome.

ANTO. Si usted lo prefiere...

FELIX. Sí, sí. Vuelve a su cobijo el hombre que se descubrió para usted solo, y ahora, para ser visto de todos, renace el don Félix bufo, como si dijéramos, el don Félix universal. Adiós. Adiós. *(Mutis.)*

ANTO. Uno más que no ha encontrado su puesto por el mundo.

ESCENA VIII

Antonino y *Carlota.*

ARLO. Le rogamos que viniera para manifestarle nuestra gratitud.

NTO. Cumplí una obligación. El favor es que no se hable más de ello.

ARLO. *(Dándole la mano.)* ¿Esto siquiera?

NTO. Esto sí.

ARLO. No sé por qué nos tienen ese odio, que yo no me aparté jamás ni una línea de la justicia y en todas mis resoluciones he procurado siempre dominar mis sentimientos para que no influyera la pasión en mis juicios.

NTO. ¡Qué mal hizo! Perdóneme que se lo diga... ¡qué mal hizo! que el gran error de las mujeres inteligentes es aplicar a la vida tríamente el binomio de Newton, las ecuaciones de primer grado... o el reglamento de la Azucarera, y subir el corazón al cerebro. ¡Déjenlo estar donde estaba, que para algo los colocó la Naturaleza tan separados!

ARLO. Para lo que ustedes aprecian las delicadezas y sensibilidades y los pudores femeninos...

NTO. Se engaña usted de medio a medio. En la que no nos importa, sí; cuanto más descocada más divertida; pero en la que nos interesa, no, señora. No ya al padre ni al hermano, ¡no!, hasta al que sostiene a una entretenida le da vergüenza que la mujer no tenga siquiera un poco de vergüenza.

CARLO. Eso ya es hablar de las excepciones o de los extremos.

NTO. No es ir tan alejado, no: es referirme a las que son honradas... y por sus modales tienen el mal gusto de aparentar que no lo son tanto.

CARLO. Algunas se exceden en esas apariencias, es verdad, pero ahí no puede haber confusión más que hasta cierto límite, pues quien se propasa lleva pronto su merecido.

ANTO. Lo llevará; pero aun entonces tiene razón el hombre para decirle severamente: dispense usted, señorita, si yo me he creído lo que usted autoriza a todos para que se lo crean.

CARLO. Tal vez...

ANTO. Y no es así como se va bien, que pensando en nuestro propio hogar difícilmente acogeremos a lo que no se aproxime al ideal eterno de la perfecta casada.

CARLO. Puede ser...

ANTO. Y a lo que no sepa de antemano que el cariño tiene su imperio aun allí donde el reglamento de una fábrica haya pretendido torpemente eliminarlo.

CARLO. Puede ser también...; pero yo, que reconozco con lealtad el habernos equivocado al pretender abarcarlo todo—pues hay oficios y menesteres para los que la mujer no sirve ni debe servir, y hasta nuestra propia condición se repugna que los sirvamos—, en cambio, me permitirá usted que siga creyendo con absoluta firmeza en lo demás.

ANTO. ¿Lo demás qué es?

CARLO. La independencia de la mujer.

ANTO. Conforme.

CARLO. En la necesidad de que tenga medios propios.

ANTO. Conformes.

CARLO. Y en la separación completa, total, del amor y de la oficina. Hay que exterminar esa fatuidad rancia de que por el solo hecho de convivir en una profesión o en un oficio esté obligado el hombre a enamorarnos y nosotras a corresponderle o a crearnos un enemigo.

ANTO. ¿No admite usted la posibilidad de un afecto sincero?

CARLO. Si lo es realmente, empezará por respetar el que a ella no le agrade ser cortejada en estos sitios. Y si no lo es, no merece ni que le contesten.

ANTO. De todos modos, ¿ha de callarse?

CARLO. De todos.

ANTO. Da pena el escucharla a usted... El hombre no se ha creído nunca menos fuerte por decir o por buscar que le digan una palabra afectuosa, y ustedes no se creen fuertes sino cuando responden con despego y con acritud.

CARLO. Así se corta de raíz todo propósito galanteador.

ANTO. Cierto. Así se corta.

CARLO. Otras muchas cosas hay de qué hablar.

ANTO. Infinitas. ¿Qué opina usted del binomio de Newton, Carlota?

CARLO. *(Sonriendo.)* Que es una exactitud matemática.

ANTO. ¿Y del mármol?

CARLO. ¿Del mármol? Que no lo rompe quien quiere, sino quien puede.

ANTO. Otra gran verdad. Mi enhorabuena por decir tantas. *(Despidiéndose.)* Y con su permiso...

CARLO. *(Tendiéndole la mano.)* Vaya con Dios... y que tenga mucha suerte por donde vaya.

ANTO. *(Sin tender su mano.)* No me marcho de la fábrica...

CARLO. ¿Que no se marcha? ¿Le dieron al fin una razón?

ANTO. No. Me dieron un martillazo.

CARLO. ¿A usted también?

ANTO. También.

CARLO. Hoy está el día para ellos. Yo, a esa infeliz del laboratorio; usted, a mí; a usted, no sé quién; y a todos, el personal de los talleres, que nos amenaza, que usa ya de violencias y que nos exige para ceder muchísimo más de lo que pidió al rebelarse.

ANTO. Todos a golpes contra todos. Al despedirme de Palomares me dijo simplemente: ¿nos abandona el señor ingeniero el día de la huelga?... No supe ni contestarle. ¡Me quedé aterrado! ¿Podía llegar mi soberbia hasta el punto de olvidar por un momento el más elemental de mis deberes profesionales?... ¡No, no! Lo de Palomares no fué una pregunta, fué una bofetada.

CARLO. Es bien sensible que únicamente por las malas lleguemos a convencernos.
ANTO. Sensible; pero convengamos en que de vez en cuando es muy eficaz y muy convincente el llevar un buen golpe y que nos duela bien.
CARLO. Andar todos a martillazos...
ANTO. A martillazos, sí. Lo menos que se aprende es a saber lo que duelen... y a no prodigar tanto los nuestros sabiendo ya lo que les ha de doler a los demás.
CARLO. Es cierto lo que usted dice... y, sin embargo, aun quisiera pedirle a usted un favor: que se encargue usted de la Dirección.
ANTO. No.
CARLO. Puesto que usted se queda, es poca incomodidad...
ANTO. ¡No!
CARLO. Y que de ese modo nos defienda usted contra las violencias que tememos si alguien no los contiene... ¿Quiere?
ANTO. Sí.
CARLO. ¡No hay nadie de momento que pueda ni que valga! ¿Quiere?
ANTO. Sí.
CARLO. Gracias...
ANTO. ¿Con plenos poderes?
CARLO. Plenos.
ANTO. ¿Incluso la facultad de revocar órdenes anteriores?
CARLO. Incluso.
ANTO. Pues acepto. E intentaré ahora mismo disipar esos temores.
CARLO. Y lo conseguirá inmediatamente, que cuenta usted con las simpatías de todo el personal.
ANTO. A orgullo lo tengo... y a decepción también, comprobando a mi costa que es más fácil lograr el afecto de muchas personas que el de una sola.
CARLO. Eso no se logra ni aun mereciéndolo. Se inspira... o no se inspira.
ANTO. Exacto. Con su permiso...

CARLO. Pero le ruego a usted con toda la sinceridad mía que no interprete mis palabras si no como...

ANTO. *(Interrumpiéndola.)* Nada, nada: no añada usted nada. Lo mío es tan insignificante ahora que no vale la pena ni de hacerle funerales. Voy a lo de ustedes. Con su permiso, Carlota. *(Mutis.)*

ESCENA IX

Carlota y *Cabeza.*

CARLO. *(Preocupada, va lentamente a sentarse.)*

CABE. No te preocupes demasiado. Ya se arreglarán las cosas.

CARLO. Eso espero. El señor Vélez asume desde ahora la dirección.

CABE. ¿No le habrás suplicado?

CARLO. No...

CABE. Sería indigno de nosotras un rebajamiento así. Se encarga porque nos parece oportuno y nada más.

CARLO. Eso es, eso...

CABE. Y porque le aumentaremos el sueldo.

CARLO. Eso le dije, eso...

CABE. Que después de todo, él es quien va a hacer su mejor negocio.

CARLO. Efectivamente. Sólo que eso no se lo dije...

CABE. Pero él ya lo calcularía. ¡Conozco bien a los hombres!

CARLO. Yo no...

CABE. Más te vale. No hay uno que valga un comino.

ESCENA X

Dichas. José Luis, por foro.

JOSE. *(Sin descubrirse, pero llevando la mano al sombrero.)* Buenas tardes. ¿Con quién hay que entenderse aquí para hablar una palabra?

CARLO. Llega usted en mal momento, José Luis.

JOSE. A mí no me importa el momento que sea, porque no vengo de visita ni a negocios. Vengo nada más a que respondan a un hombre. ¿Quién responde aquí?

CABE. Yo.

JOSE. Lo siento. Hubiera preferido más persona.

CABE. Soy lo suficiente.

JOSE. En seguida va usted a ver que no. Ustedes han echado malamente a la calle a una mujer.

CARLO. En mis atribuciones estaba.

CABE. En las que yo le he conferido. *(Yendo a José.)* Hemos juzgado necesaria esa medida... y se tomó.

JOSE. *(Muy despacio, pero avanzando.)* Perfectamente. Pero yo he venido a cruzarle la cara a quien responda de ello.

CABE. *(Escapando.)* ¡Ay, no, por Dios!

JOSE. *(Deteniéndose.)* No escape usted, señora, que no hay cuidado. He venido a eso, si encontraba enfrente a un hombre; pero no voy a defender a una mujer comenzando por faltarle a otra mujer.

CARLO. *(Que acudió a Cabeza.)* Comprenderá usted que tenemos un perfectísimo derecho para disponer del personal, no a nuestro antojo, pero sí conforme a las exigencias del servicio.

JOSE. Y si la hubieran despedido por una causa de ésas, no tenía yo que rechistar siquiera; pero despedirla porque yo la perseguía y porque habló conmigo, no es razón del servicio para ella y, además, es echar la culpa sobre mí.

CARLO. Usted no tiene nada que ver en este incidente.

JOSE. Incidente para usted; para ella, vivir o no. Nada más que eso. ¡Cómo se conoce que no piensa usted las cosas y que no ha tenido usted jamás que responder de veras a ninguna! Por suerte de esa pobre Lucía, yo la quiero bien, y lo que iba a hacer de aquí a un año lo haré dentro de un mes, o mañana, o esta tarde mis-

ma, si ella lo dispone. ¡No hay miedo para ella: lo que ustedes tiran, yo lo recojo!

CARLO. Entonces, no le causamos mucho mal en definitiva.

JOSE. Ninguno..., por ser José Luis como es. Y si soy un charrán..., ¿qué pasa? Y sin necesidad de ser un charrán, sencillamente con que no pudiera casarme tan de prisa por cualquier motivo..., ¿qué pasa?

CARLO. Cuestión de un poco tiempo más.

JOSE. ¿Y usted sabe por casualidad lo que es el tiempo para una mujer que espera de él la salvación de su vida? Pues yo voy a decírselo, no para que ustedes lo aprendan, que las piedras no han aprendido nunca nada..., sino para darme el gusto de echar fuera de mí esa ponzoña. Para ella, el tiempo es quedarse sin colocación y, por consiguiente, sin comer casi; es el marcharse del pueblo porque no tiene recursos para estarse en la fonda mano sobre mano; es el romper este cariño nuestro que empezaba..., ¡y vaya usted a asegurar que ausente y a mucha distancia no se enfriaría!... ¡Todo eso es, todo! Y cuando la despidieron, cuando por fuerza les dijo adiós a ustedes, tenía la pobrecita sobre su alma el espanto de si no le estaría diciendo también adiós a todo lo demás que aquí dejaba...

CABE. Póngase usted en razón, José Luis. No podemos pensar tantas cosas con cada empleado que se despida.

JOSE. Ni las piensan ni tienen con qué, porque las ideas de bondad no son de las que bajan; son de las que suben.

CABE. Lo mismo que los demás.

JOSE. No. Ustedes, para hacerse más coraje, y ser las mujeres de ahora, sabias y frías, se han forrado el corazón con libros de sabiduría, y cuando ustedes se emocionan, ya no les salen lágrimas ni suspiros..., ¡les salen artículos de alguna ley o números de algún negocio!

CARLO. No siempre, José Luis...
JOSE. Y eso de ser indiferente con los demás va muy bien la mayor parte de los días, pero va muy mal al llegar un momento de penas... o difícil, como ahora, que no hay quien esté a su lado de ustedes ni quien las ampare sino humillándose a pedírselo, ni a quien le importe de verdad que ustedes se hundan o se salven.
CARLO. Humillándose a pedírselo..., quizá, quizá.
JOSE. ¿Les agrada eso? Que les aproveche. Yo me llevo a Lucía..., y no me la llevo principalmente para disfrutar con ella todas las horas buenas, sino para saber que tendré a mi lado quien me quiere un poco cuando lleguen—que para todos llegan—las horas difíciles y malas.
CARLO. Hace usted muy bien.
JOSE. Yo no puedo decir lo mismo de usted..., y mejor es no decir ya nada. Buenas tardes. *(Mutis.)*

ESCENA XI

Carlota y *Cabeza.*

CABE. ¿Habrás observado que no quise contestarle?
CARLO. Tú no has querido, yo no supe y él se llevó la razón entera.
CABE. De la manera que se la llevan siempre los hombres: cediéndosela nosotras.
CARLO. No te lo discuto..., ¡pero ya es un poco triste el tener superioridad tantas veces y no acabar ni una vez siquiera demostrándolo!
CABE. ¡Tú estás hoy muy cambiada, Carlota!
CARLO. No, tía, no. Pongamos que muy nerviosa.
CABE. Eso se explica.

ESCENA XII

Dichas y *Palomares.*

PALO. *(Que llega corriendo.)* ¡Too como una seda!
CARLO. *(Yendo rápida a Palomares.)* ¿Qué ha pasado?

PALO. Les ha dicho cuatro cosas ¡superiores!, y luego otras cuatro o cinco ¡más superiores todavía! Que la fábrica no tiene derecho pa perjudicá a un obrero..., pero que el obrero no tiene derecho tampoco pa perjudicá a la fábrica..., que los intereses son los mismos, y que si se fiaban a él, él respondía por completo. Pero too esto floreao y con unas palabras y una voz... Vamos, ¡un tenor, doña Carlota!

CARLO. ¿Pero y el final?

PALO. Que s'han fiao de él, que too el mundo vuerve al trabajo ahora mismo y que él mañana dará cuenta de lo que hable hoy con doña Cabesa.

CARLO. Tuvo suerte...

PALO. Y simpatías. Cuando terminó aquello fué un arboroto. Los hombres le querían abrazá; él no se ha dejao. Las mujeres le querían besar; él se ha dejao...

CABE. Eso no habla muy bien de su formalidad.

PALO. De su formaliá, no sé; pero de su buen gusto, sí, señora.

CABE. Tampoco.

ESCENA XIII

Dichos y *Antonino,* por foro.

PALO. ¡Aquí está el hombre!

CARLO. Ya sabemos que ha tenido usted un gran triunfo.

ANTO. No, no. Pongamos las cosas en su verdadera proporción. He logrado—y me felicito muchísimo de ello—que depongan su actitud agresiva *(Mirando a Carlota.),* que no haya por hoy temor ninguno, absolutamente ninguno... *(Carlota se inclina levemente.),* y que mañana nos reunamos para discutir con toda calma los puntos de vista de cada cual; pero el asunto queda, como debía quedar, a la resolución definitiva de ustedes.

CABE. ¡Naturalmente!

ANTO. Naturalmente.

CABE. Y mañana nos veremos las caras, ¡que me sobran arrestos para dominar a la plebe!

ANTO. No lo dudo..., o mejor dicho, ¡no lo creo! ¡Dejen ya de una vez el prurito vanidoso de aparentar unas arrogancias que la propia naturaleza les ha limitado sabiamente!

CABE. ¿Le molesta a usted el suponerme con tantas energías como las suyas?

ANTO. ¿Por qué me va a molestar a mí que alguien sea más que yo? ¡Lo son tantos!...

CABE. Es más fácil admitir la superioridad de otro hombre.

ANTO. Y de una mujer igual, exactamente igual. Triunfen ustedes en hora buena cuanto quieran, ¡pero triunfen como mujeres! Y en lo suyo, no en lo nuestro..., que si ustedes se burlan con razón del hombre que se afemina, no les puede sorprender que nosotros hallemos grotesca a la mujer que se conduce en marimacho.

CARLO. ¡Claro que no!

ANTO. Pues eso es lo que persiguen muchas con la anulación material de las líneas femeninas, eternamente bellas; con el desenfado repulsivo de su lenguaje y hasta con el vestir que se asemeje a nuestros vestidos, como si tuvieran una especialísima delectación en borrarse, en destruirse... y en decirle al mismo Dios: Tú has hecho para el mundo hombres y mujeres, pero nosotras vamos destrozando tu labor a ver si, al fin, no hay por el mundo más que hombres solamente.

CARLO. En algunas lo parece...

ANTO. Por desdicha para ellas. Y si hoy, en plena juventud suya, la semejanza varonil que adoptan es lamentable, ¡no les quiero decir lo que será el día de mañana cuando la vejez llame a sus puertas!

PALO. Un asco, don Antonino...

ANTO. Eso, un asco. A mí personalmente no me preocupa ya gran cosa, pero aunque me preocupara menos aún, siempre me quedaría el derecho

para censurarlo en nombre de los sentimientos que se atrofian, de la hermosura que desaparece y hasta del buen gusto a que se ofende. ¡No lo puedo remediar! Me imagino a una hija mía vestida a la garçon..., con modales de garçon..., y lo deploro; me imagino a mi mujer a la garçon, con modales de garçon..., y lo encuentro bufo; pero veo a mi madre a la garçon, con modales de garçon, enseñando desenfadadamente el pecho y los brazos y las piernas, como no las enseñan los garçones..., y me da una pena y una ira tan grandes que tengo a la fuerza que decir: ¡mentira, ésa no es mi madre, y a quien sostenga que sí le abofeteo!

CARLO. Como todos la habrán visto siempre así, quizá no les parezca tan absurdo como a usted...

ANTO. Peor para todos. Señal de que se acostumbraron y de que ya no les hace efecto. Pero tampoco les hace ya efecto a los cirujanos el sajar y el trepanar...

CABE. No va usted con el siglo, señor Vélez.

ANTO. Puede ser..., pero mi fórmula es tan sencilla que desconfío mucho de que la mejoren los siglos venideros: los hombres, hombres...; las mujeres, mujeres..., y lo demás, para la desinfección.

CABE. ¡¡Antonino!!

ANTO. Perdón, señora...

TELÓN

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4 *Encarna, la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Febrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de don Juan*, por J. J. Luca de Tena.
11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extraor.), por J. Benavente.
14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21 *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Enderiz.
22 *Colonia de ilias*, por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.
24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid*, por [illegible] Fernández Ardavín.
27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29 *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31 *La Galana*, por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.
33 *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35 *Vida y dulzura*, por S. Ruzafel y G. M. Sierra.
36 *Las lágrimas de la Trini*, por C. Arniches y J. Abati.
37 *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38 *La Prudencia*, por J. Fernández del Villar.
39 *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40 *Madame Pepita*, por G. Martínez Sierra.
41 *Don Juan, buena persona*, por S. y J. A. Quintero.
42 *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.
43 *Señora ama*, por Jacinto Benavente.
44 *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñoz Seca.
45 *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas.
46 *El bandido de la Sierra*, por Luis F. Ardavín.
47 *La intrusa*, por Maurice Maeterlinck.
48 *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abati.
49 *Los locos*, por S. y J. Alvarez Quintero.

50 *El collar de estrellas*, por Jacinto Benavente.
51 *El llanto*, por Pedro Muñoz Seca.
52 *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.
53 *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada*, por Jacinto Benavente.
54 *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.
55 *La Raza*, por Manuel Linares Rivas.
56 *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres*, por Jacinto Benavente.
57 *La noche del sábado* y *La ley de los hijos*, por Jacinto Benavente.
58 *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien*, por Jacinto Benavente.
59 *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.
60 *Mimí Valdés*, por José Fernández del Villar.
61 *El azar*, por Federico Oliver.
62 *El ilustre huésped*, por S. y J. Alvarez Quintero.
63 *Las hijas del Rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.
64 *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.
65 *... Y después?*, por Felipe Sassone.
66 *No hay burlas con el amor*, por Alfredo de Musset.
67 *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.
68 *Lo que ellas quieren*, por Federico Oliver.
69 *El último mono*, por Carlos Arniches.
70 *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.
71 *La condesa María*, por Ignacio Luca de Tena.
72 *Los sabios*, por Pedro Muñoz Seca.
73 *La jaca tarda*, por José Luis Mávral.
74 *¡Mecachis, qué guapo soy!*, por Carlos Arniches.
75 *Lirio entre espinas*, por Gregorio Martínez Sierra.
76 *Poca cosa es un hombre*, por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.
77 *Por las nubes*, por Jacinto Benavente.
78 *Son mis amores reales*, por Joaquín Dicenta (hijo).
79 *Divino tesoro*, por Juan Ignacio Luca de Tena.
80 *La dama del armiño*, por Luis Fernández Ardavín.
81 *Lo que se llevan las horas*, por Felipe Sassone.
82 *"En Aragón hi nacido"*, por Carlos Arniches y Pedro García Marín.
83 *La mala ley* y *Primero, vivir* (extr.), por M. L. Rivas.
84 *La hija de la Dolores*, por Luis F. Ardavín.
85 *María Fernández*, por P. M. Seca y P. P. Fernández.
86 *Todo lo amor o Si no es verdad, debiera serlo*, por Felipe Sassone.
87 *Buena gente*, por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.
88 *La mujer que necesito*, por Enrique Thuillier y S. López de la Hera.
89 *Lo cursi*, por Jacinto Benavente.
90 *La contoora del Puerto*, por L. F. Ardavín.
91 *Fuensanta la del cortijago* Rusiñol y G. M. Sierra.
lo, por Enrique de Alvear.
92 *Anita la Risueña*, por S. y J. Alvarez Quintero.
93 *La niña*, por Federico Oliver.
94 *El día menos pensado*, por Antonio Estremera.
95 *Bartolo tiene una flauta*, por Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
96 *Santa Isabel de Ceres*, por Alfonso Vidal y Planas.
97. *Doña Desdenes*, por Federico Oliver.
98. *Hamlet*, por Shakespeare, traducción de G. Martínez Sierra.
99. *La propia estimación*, por Jacinto Benavente.

100. *La venganza de la Petra o donde las dan las toman*, por Carlos Arniches.

101. *El doncel romántico*, por Luis F. Ardavín.

102. *La buena suerte*, por Pedro Muñoz Seca.

103. *Pimienta*, por José F. del Villar.

104. *Amanecer*, por Gregorio Martínez Sierra.

105. *Yo, tú, él... y el otro...* y *Noche de amor*, por Felipe Sassone.

106. *El carro de la alegría*, por Alberto Valero Martín y Emilio Carrére.

107. *En cuerpo y alma*, por Manuel Linares Rivas.

108. *El huésped del sevillano*, por Enrique Reoyo y Juan Ignacio Luca de Tena.

109. *Campo de Armiño*, por Jacinto Benavente.

110. *Dios dirá*, por J. y S. Alvarez Quintero.

111. *La huelga*, por Federico Oliver.

112. *Juan de Mañara*, por Manuel y Antonio Machado.

Imp. Sáez Hermanos.
Norte, 21. — Madrid.